

‘LA ARGENTINA’ DE LOS SENTIMIENTOS EN LA LÍRICA RIOPLATENSE DEL CICLO REVOLUCIONARIO: 1767-1825

Jaime Peire¹

Resumen:

La crítica al pensamiento del siglo XIX acerca de la preponderancia de la razón como fundamento último del conocimiento, pone al descubierto que lo que las fuentes denominan “nación” durante el ciclo pre-revolucionario y posterior revolucionario no es ni la nación étnica de tipo arcaico, ni el moderno Estado-Nación. Este trabajo tiene por objeto hacer una semántica cuidadosa del elenco de sentimientos identitarios y de los términos usados para expresarlos con el fin de aclarar el desarrollo de los sentimientos de pertenencia a través de las fuentes literarias entre 1767 y 1825. Para ello acudimos a la poesía culta - romances, poesía neoclásica (o con pretensiones de tal)- y a la popular, que nos acerca al lenguaje de las capas más bajas o subalternas.

Palabras clave: Argentina, Sentimientos identitarios, 1767-1825, Revolución e Independencia.

Abstract:

The critique to the nineteenth century thought about the predominance of reason as the ultimate foundation of knowledge reveals that what contemporary sources called “nation” during both the pre-revolutionary and revolutionary periods is neither the archaic concept of the “ethnic” nation nor the modern State-Nation. This work aims to provide a careful semantic study of feelings of identity and the words used to express those feelings, shedding light on the development of shared feelings of belonging through an analysis of literary sources published between 1767 and 1825. In order to do so, we resort to poetry, both highbrow – romances, neoclassical poetry (or with neoclassical pretensions) -and popular, which bring us closer to the language of lower/ subaltern classes.

Key words: Argentina, Identitary feelings, 1767-1825, Revolution and Independence.

¹ Jaime Peire, Programa de Historia Cultural-Instituto de Estudios Historicos-UnTref-Conicet-UnMo. Calle Los Aromos 6231 (B1684BYG) El Palomar. Pcia de Buenos Aires. Correo electrónico: jaimepeire@yahoo.com.ar Agradezco a Olga Fernández Latour, Oscar Chamosa y Martín Castro sus lecturas y oportunas indicaciones, así como a los árbitros del Anuario del IEHS.

Introducción

Una semántica cuidadosa del término “nación” en el período 1808-1816 abre interrogantes que todavía no parecen haber sido respondidos todavía². Estamos ante una nación, ante una patria y un patriotismo que ya evidentemente no es étnica, pero tampoco es el Estado-nación. Está -por así decirlo- en una franja de nadie. En el caso rioplatense, es un conjunto de Provincias del antiguo virreinato, que se juntarán, se *unirán*, sin por eso renunciar a su “nacionalidad” americana, es decir, es una nación *abierta*. Si atendemos a las fuentes del período, esta “nacionalidad” americana, queda recortada por el sólo hecho de la invasión napoleónica, pero también por un hecho propiamente “americano” en el nivel del discurso blanco: la unidad de religión, que en el seno de ese discurso significa también “tradicición” y quizás también “cultura”, en esa semántica.³ La unidad de religión constituye un cuerpo ideológico donde es posible asentar una comunidad de ciudadanos abierta, fruto del ansia de libertad y de independencia, que arranca de una “revolución”⁴ que pusiera fin al “despotismo”.

² Para estados de la cuestión sobre el tema de la Nación, véase Alvarez Fernandez Bravo, **La invención de la Nación, Lecturas de la identidad de Herder a Homi Babha**, Buenos Aires, Manantial, 2000, especialmente la Introducción; Dominique Schnapper, **La comunidad de los ciudadanos, acerca de la moderna idea de nación**, Madrid, Alianza Editorial, 2001; Elías Palti, **La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002 y José Fernández de Rota, **Nacionalismo, cultura y tradición**, Barcelona, Anthropos, 2005, especialmente la Introducción y el capítulo dos. Cfr. Noemí Goldman, y Nora Souto, “De los usos de los conceptos de ‘nación’ y la formación del espacio político en el río de la Plata (1810-1827)”, en **Secuencia**, 37, 1997, p. 35 y ss. También de la misma autora, “Formas de gobierno y opinión pública, o la disputa por la acepción de las palabras, 1810-1827”, en Hilda Sabato y Alberto Lettieri (comps.), **La vida política en la argentina en el siglo XIX**, Buenos Aires 2003, 45-56. Cfr. Marcel Gauchet, Pierre Manent, y Pierre Rosenvallon (dir), **Nación y modernidad**, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995; José Carlos Chiaramonte, **Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias**, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

³ Esta tradición se proyectaba en la infraestructura mental de las personas de un modo capilar pero persistente, que explica también la permanencia de la Iglesia en Iberoamérica: tradición equivalía a verdad y autoridad. “Porque si la tradición era la verdad y por consiguiente ejercía el monopolio de la autoridad, era porque en la persona de Cristo convergían –como en un eje axial- el tiempo pasado y el tiempo futuro.” Jaime Contreras Contreras, “Entre tradición y autoridad”, en Bartolomé Benassar et al., **Vivir el siglo de oro. Poder, cultura e historia en la época moderna. Estudios en Homenaje a Angel Rodríguez Sánchez**, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2003, p. 128.

⁴ “Una feliz revolución nos sacó ya de esa indiferencia estúpida que caracteriza los pueblos esclavos, o más bien de ese error en que vivíamos, que nuestra situación deplorable era nuestro estado natural”, en “Escritos políticos del Deán Gregorio Funes”, 1810-1811”, en **Estudios**, 11-12, Córdoba, 1999, p. 136. Es cierto que durante los años 1810 y 1814, especialmente, y aún más tarde, palabras como “libertad”, “independencia”, “nación” “constitución”, deben interpretarse en los documentos dentro de un corredor semántico en el cual se puede navegar para adelante, para atrás, para los costados y que muestra una elaboración en la que todos casi sin excepción pretenden una situación inédita, en donde se respeten las libertades; por lo menos una Monarquía Constitucional, con las prerrogativas específicas de los americanos. Las cartas a la Gaceta,

Estos deseos y sentimientos, en general poco atendidos por la historiografía se pueden buscar en los productos líricos del ciclo revolucionario tanto romances populares, cuanto poesía endecasílabo con pretensiones neoclásicas. También es el caso de los “cielitos” y versos gauchescos de la época, canciones, odas y cantos, junto con algunas otras coplas y todo género de composición lírica, en los que bucearemos sentimientos y deseos, para desde ese lugar, contribuir a una semántica del término “nación”, o de otras figuras identitarias, antes de la aparición del Estado-nación.⁵ Naturalmente que muchos de estos cielitos, pueden no estar escritos por personas de las sectores populares, sino precisamente representar un modo de control de los sentimientos de ellas. Sin embargo nos parece -por el contrario- que su voz -la de las clases populares- no es totalmente ficcional en estas piezas literarias. La ficción tiene sus límites.⁶

Sin embargo, es importante destacar, que una de las fuentes fundamentales, la *Colección de poesías patrióticas*, fue completada con *fondos reservados*, que eran “¡el saldo del fondo de guerra de la independencia!”, por decreto de Rivadavia:

“Todo hecho como todo suceso grande por su influencia en la independencia de este país, ha producido siempre en esta capital un efecto que ha debido ser notado mas que no ha podido ser apreciado justamente. Tal es el número y mérito de producciones poéticas que han salido a la luz en tales ocasiones.

El presentarlas todas bajo un punto de vista no sólo contribuirá a elevar el espíritu público sino a hacer constar el grado de buen gusto en literatura a que este país ha llegado en época tan temprana; la armoniosa energía con que ha sentido la dignidad a

Ibídem, p. 125-198, en donde Funes debe retractarse en una ocasión, precisamente por su equivocidad, y en realidad termina oscureciendo más que aclarando.

⁵ Josefina Ludmer, **El género gauchesco; un tratado sobre la patria**, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988.

También Ángel Rama, **Los gauchipolíticos rioplatenses**, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, p. 59. Es interesante aquí tener en cuenta lo que dice Le Breton: “Los sentimientos y emociones participan por lo tanto de un sistema de sentidos y valores propios de un grupo social, cuyo carácter bien fundado confirman, así como los principios que organizan el vínculo social”, David Le Breton, **Las pasiones ordinarias, antropología de las emociones**, Buenos Aires, 1999, p.12. Cfr. También “Emociones”, **Thémata**, 25, Sevilla, 2000, volumen dedicado a las emociones.

⁶ En efecto: no puede esconder ni los textos, ni su horizonte semántico, ni la voz del gaucho en tanto cantor, ni la utilización de su cuerpo en el ejército, a la par que cierta desmarginalización durante el ciclo revolucionario. Cfr. también, Josefina Ludmer, “El género gauchesco”, en Enrique Pupo Walter y Roberto Gonzalez Echeverría, **Historia de la literatura Hispanoamericana**, tomo I, Madrid, Gredos, 2006, p. 614-629. Sobre las clases subalternas, cfr. Cfr Steven Mullaney, “Discursive forums, Cultural Practices: History and Anthropology in Literary Studies”, en Terrence Mc Donald, **The Historic turn in the human sciences**, Michigan 1996, p. 161-189, como asimismo Shery Ortner, “Resistance and the Problem of Ethnography Refusal”, en Ibídem, p. 281-304. En parte este *ethnography refusal* consiste en no ver la voz del otro, o en considerar que es imposible que salga a la luz en el discurso. Esto equivaldría a aceptar la impotencia de la etnografía (y en parte de la resistencia misma), en términos de Ortner. “Me parece grotesco –concluye- en insistir en la noción de que el texto está formado por todo menos la realidad vivida de la gente que el texto pretende representar”, ibídem, p. 297. Alan Knight, “Subalterns, signifiers, and statistics: perpectives on Mexican Historiography”, en **Latin American Research Review**, vol 37, 2, Texas, 2002. Puede verse un tratamiento en castellano en Enrique Gavián, “Historia subalterna. El giro culturalista en los márgenes del discurso histórico”, en Joan B. Llenares y Nicolás Sánchez Durá (Eds.), **Ensayos de Filosofía de la cultura**, Madrid, 2002, p.109.

*que subía y lo que debe esperarse de la disposición de los habitantes, empleando los medios que han empezado a conocerse y adoptarse. Una colección, pues, de todos los rasgos poéticos que desde 1810 hasta el presente, el honor y el amor de la patria han inspirado, es sin duda un monumento de los más propios a celebrar el aniversario de nuestra triunfante independencia tan enérgicamente pronunciada como hábilmente concebida por el Congreso de las Provincias”.*⁷

La otra gran cantera es la publicación de *La Lira Argentina*, editada por Ramón Díaz que salió antes que la decretada por Rivadavia. La ventaja de *La Lira*, radica en que su editor aclara que no quiso “sujetar las piezas a la revisión de sus autores, ni menos a la elección de algún inteligente, postergando el aliño, o la adopción de lo más bello o hermoso, al deber de entregar a la posteridad lo que ella tiene derecho de saber, es decir lo que realmente ha habido”.⁸ Este contrapunto que Juan de la Cruz Puig establece, nos servirá a nosotros como compulsas de fuentes para nuestra labor historiográfica, además de todo el *background* de fuentes que tenemos para el período, que es sólido y muy variado, que servirán para establecer el horizonte semántico donde deben ubicarse estas composiciones líricas.

Hay que subrayar que tanto en el caso de los cielitos, cuanto en las composiciones líricas de tipo culto, estamos ante una fuente muy especial. Para componer, cantar, y bailar un cielito, hay que tener una competencia o competencias determinadas tanto como para querer escucharlo, y aún entenderlo. Pero además, es importante remarcar, que contribuía a construir experiencias y movilizar, manipular o cambiar sentimientos: que producía un *impacto*⁹ sobre el oyente y sobre su grupo social y cultural.

Pero -al mismo tiempo- la actitud de los oyentes, podía también modular a los compositores. Escuchar una determinada poesía, un canto con música o una Oda recitada, o una Marcha militar, constituye una experiencia que construye o deconstruye significados: no es un mero “reflejo”, sino que manifiesta una refracción de determinados significados -por un lado- y se dirige a manipularlos, y al hacerlo, percibe también una refracción de los interlocutores. Tanto cielitos como poesías, circulaban profusamente, e incluso en el caso de las poesías, no sólo se aluden, sino que en muchos casos unas mueven a producir otras. No hay duda de la vasta circulación de esta producción lírica, por las diversas fuentes en que han aparecido y hemos encontrado. En el caso de los cielitos, en bibliotecas personales o papeles diversos, y en el del resto de

⁷ Juan de la Cruz Puig, **Antología de Poetas argentinos**, Buenos Aires, Editores Martín Bidema e Hijo, 1910, Tomo I, p. VIII.

⁸ *Ibidem*, p. XI.

⁹ Así define Greenblatt el concepto de energía social, coincidiendo con LaCapra quien llama a la energía *catexis*, es decir un determinado impacto emocional o “*quantum* de afecto” asignado a una representación o grupo de representaciones. Cfr. Greenblatt Stephen, “La circulación de la energía social” en Cristina Godoy y María Inés Laboranti, **Historia y ficción**, Rosario Universidad Nacional de Rosario, 2005, p. 139-173; y Dominiq LaCapra, **Historia en tránsito, Experiencia, identidad teoría crítica**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 111. El autor lo toma de Freud. Cfr. “Catexis”, en Jean Laplanche y Jean Bertrand Pontalis, bajo la dirección de Daniel Lagache, **Diccionario de psicoanálisis**, Paidós, Buenos Aires, 2006, p. 49-53; cfr. asimismo “Energía”, en **Diccionario de la lengua española**, Real Academia Española, Madrid, 1970, p. 530.

la producción lírica, para el que utilizamos fundamentalmente la Antología de Puig, por las alusiones que hay entre ellas mismas.¹⁰

Para conseguir el objetivo propuesto, según el formato requerido, voy a focalizar la mirada en la evolución del término “argentino” -aunque no de una manera excluyente- tanto en su existencia, cuanto en su falta, y observar el elenco de términos que lo adjetivan, y en las morfologías políticas que se pueda ir enhebrando a partir de él, señalando y analizando la evolución de su significado, y en la amplitud, énfasis, tono, límites, y -en fin, que es a lo que en definitiva apuntamos- sentimientos que se van modulando en torno a él -especialmente- y a los que designen un sentido de pertenencia equivalente.

El triunfo argentino

En el principio la Argentina no existía, más allá de la composición de Ruy Díaz de Guzmán, autor oriundo de Asunción, que data de aproximadamente 1612, *La argentina* en el que se utiliza el fonema con un significado toponímico, para designar el poblamiento y conquistas de la zona del Río de la Plata. Habrá que esperar a los primeros balbuceos del neoclásico local, para que el mismo fonema aparezca utilizado en la *Oda al Paraná*, de Juan Manuel de Labardén -para quien el Paraná es *primogénito ilustre del océano*¹¹- que lo utiliza para referirse también al Río de la Plata, pero -retomando los motivos de la lírica del siglo de oro español- para aludir a las ninfas o númenes que de él provenían y a él lo cuidaban: las ninfas argentinas. José Prego de Oliver,¹² el otro *arbiter elegantiorum* de las letras rioplatenses, termina su canción haciendo referencia a la obra de Labardén, como asimismo la *Oda* de Manuel Medrano. El Río Paraná, será lo primero que la mirada literaria patria rioplatense designará como *sacro*, más tarde.

Ese fue el primer sentido propio del término, que nacerá ahora, y seguirá utilizándose, a pesar de los continuos cambios semánticos, hasta mucho más tarde. Sin embargo, es menester subrayar que ya se está utilizando el fonema argentino, aunque con una semántica pegada al Río de la Plata: Las llanuras del “Argentino majestuoso suelo” dirá Medrano, y llegará a designar a Labardén como “sabio argentino”, “que ilustras con tu voz el patrio suelo”.¹³ Argentino y patrio suelo se fundirán en uno sólo, cuando las invasiones inglesas pongan en movimiento los sentimientos de pertenencia.

Las invasiones inglesas modificarán esa semántica para siempre, al ritmo de una militarización creciente y de los avatares de la guerra,¹⁴ aplicando el término a un

¹⁰ Buen testimonio de ello es su frecuente aparición en los periódicos de la época. Para ver la amplia difusión de éstos, puede consultarse el artículo de Mónica Martini, “Los suscriptores del Telégrafo Mercantil, primer periódico impreso en Buenos Aires”, en **Páginas sobre hispanoamérica colonial. Sociedad y cultura**, Buenos Aires, Prhisco-Conicet, 1996, 3, p. 46-92.

¹¹ Manuel José de Labardén, “Al Paraná”, en Puig, op. cit., TII, p. 55.

¹² Prego de Oliver, “Canción al Río Paraná”, en Juan de la Cruz Puig, op. cit. TI, p. 61-62.

¹³ *Ibidem*, TI, p.177-181.

¹⁴ Cfr. Tulio Halperín Donghi, **Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 135-160. También **Reforma y disolución de lo imperios**

actor colectivo humano, desplazando al río a la función de designar más a ese colectivo humano, que al río mismo. El área donde se posa la mirada es mucho más grande. El Paraná es irrelevante, y el -ahora- *gran* río de la Plata es el centro geográfico, concebido como una conexión con Europa y con el mundo.

Aunque cada autor despliega una tópica y una iconografía diferentes, se pueden detectar tendencias en los juegos del lenguaje que esas tópicas y esas iconografías instauran. Por razones de espacio vamos a subrayar aquí fundamentalmente dos, que no se excluyen mutuamente ni se contradicen.¹⁵ Hay que señalar, además, que no estamos afirmando a un proceso evolutivo lineal, aún cuando las representaciones de los propios escritores puedan serlo, y por lo tanto el relato lo será inevitablemente, pero no sin advertir que ésta linealidad puede resultar engañosa. Sería anacrónico buscar dos arquetipos, una suerte de bipolarismo -que continuaría incluso tras las invasiones- donde lo que hay es una circulación cultural identitaria, que construye sus signos identitarios propios, que no están blandidos con la carga ideológica, porque no existen aquí los “semáforos” que establecen las corrientes ideológicas, colocados estratégicamente para que las cargas simbólicas circulen en la dirección “correcta”.

En todos los casos no existe ni el más resquicio de duda, de que todos se consideran de nación hispana, en el sentido fuertemente étnico antiguo del término. Para todos es la patria la que está en juego. Pero no todos la sienten igual, ni utilizan la misma iconografía para describirla. Ni siquiera la misma métrica lírica, lo que también es significativo. Ni los personajes heroicos tienen el mismo tamaño icónico.

Pantaleón Rivarola, escribe cuatro piezas sobre las invasiones.¹⁶ Las dos piezas principales, muestran una iconografía de cuño fuertemente católico, en su versión barroca, muy diferente a las expresiones religiosas de los demás en general, en las que, aunque se pueda reconocer su piedad y respeto, ésta iconografía no reviste un tono

ibéricos 1750-1850, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 124-132; Pilar González Bernaldo, “Producción de una nueva legitimidad: ejercicio y sociedades patrióticas en Buenos Aires entre 1810 y 1813”, en Félix Weimberg, Noemí Goldman, François Guerra, Pilar González Bernaldo et al., **Imagen y recepción de la Revolución francesa en la Argentina**, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1989, p. 27 y ss; Pilar González Bernaldo de Quirós, **Civilidad y política en los orígenes de la nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000. También, Gabriel Di Meglio, “Un nuevo actor para un nuevo escenario. La participación política de la plebe urbana de Buenos Aires década de la Revolución. 1810-1820”, en **Boletín del Instituto Ravignani**, N° 24, 2003, p. 7-42. Más recientemente, del mismo autor, **¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la revolución de mayo y el rosismo**, Buenos Aires, Prometeo, 2006. Necesario también es Fabián Herrero (comp.), **Revolución, política e ideas en el Río de la Plata durante la década de 1810**, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2004 y también de Fabián Herrero el más reciente **Movimientos de pueblo. La política en Buenos Aires luego de 1810**, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2007.

¹⁵ Para un estudio más detenido, cfr. Jaime Peire, **La argentina soñada (1780-1825)**, Buenos Aires, 2007, inédito.

¹⁶ Estas son, el “Romance heroico. En que se hace relación circunstanciada de la gloriosa reconquista de Buenos Aires el día 12 de agosto de 1806”, y también “La gloriosa defensa. De la ciudad de Buenos Aires, verificada del 2 al 5 de julio de 1807”, ambas en octosílabos, son Romances al estilo del romancero español. A éstas deben sumárseles las más breves, en décimas endecasílabas, “Octavas”, y “Sucinta memoria, sobre la Segunda invasión de Buenos Aires, el mes de julio de 1807”, ambas en Puig, op. cit., TI, p. 83-173.

barroco, sino que utilizará una bien clásica: Liniers, por ejemplo, es Marte.¹⁷ Toda la parafernalia de los mitos grecorromanos es vertida en los poemas patrióticos. Los patriotas han igualado a griegos y romanos: más tarde los superarán.

Se nota en el curso de las cuatro composiciones de Rivarola una evolución, aún cuando en ninguna de ellas, cambie su fidelismo monárquico, ni su iconografía barroca, aún cuando deje deslizar alguna vez algún término más cercano a una iconografía del siglo de oro. Pero, sin embargo, éstas últimas características se van atenuando en las dos últimas composiciones.

Uno de los contrastes que llaman la atención en Rivarola, es su modo de percibir y expresar la “patria”. Especialmente cuando se lee sus romances, la patria es en realidad Buenos Aires. Y Buenos Aires es algo abstracto que tiene sentido, casi exclusivamente en cuanto forma parte de la Monarquía católica, en cuya cabeza está el Rey. No existe en sus romances una patria *sentida* o *amada*, que es *proclamada* en los demás. Rivarola no *ejerce* ningún patriotismo. No tiene sentido proclamarlo. La religión es su patria, a la que hay que agregar como equivalente la tradición. Sólo existe -por tanto- la proclama del sentido del deber en conciencia, hacia el Monarca legítimo y hacia la religión que El defiende, y del Dios de quien recibe su indiscutible imperio.¹⁸

Hay en cada autor, una distribución del mérito distinta, que siempre es significativa, y tendrá derivaciones posteriores. Liniers es el héroe indiscutible de la Reconquista,¹⁹ y en definitiva de la Nación española, por ejemplo en López y Planes. Pero en otros, como Rivarola y Prego de Oliver, su figura aparece más diluida entre otros íconos de la lucha. Para Rivarola, Huidobro,²⁰ es “su ilustre jefe”, ya había concebido un plan de reconquista y “valiente y sabio”, tenía una expedición armada para salir a realizarla. En su segunda composición, la intervención del Cabildo es claramente aludida, con Alzaga al frente.²¹ Más que Rivarola, Ocampo, dedica tres estrofas a la Audiencia, tres al Obispo, una a Huidobro, y una al ayuntamiento.²²

¹⁷ Pardo de Andrade navega entre las dos iconografías, aunque se inclina más a la metáfora clásica, cuando se trata de comparaciones. Pero utiliza también la iconografía cristiana, incluso en la comparación, utilizando el nuevo y viejo Testamento. Jeremías (292), Babilonia (304), Moisés (306). Manuel Pardo de Andrade, “Canto”, en Puig, op. cit. TI, p. 289-308.

¹⁸ Tomo sólo un ejemplo: “Y vos, Oh! Gran Carlos Cuarto,/ dueño y señor de esta tierra,/ recibid los corazones/ que con amor os presentan/ estos humildes vasallos/ que tan distante os veneran./ No queremos otro Rey,/ más corona que la vuestra. Viva España en nuestros pechos; Nuestra lealtad nunca muera.” Acto seguido se refiere a la ciudad de Buenos Aires: dándole los parabienes y calificándola de “ilustre”. Deseándole paz y concordia. Finalmente “¡oh compatriotas, sombra de gloria perpetua cuya lealtad y valor no sabe explicar mi lengua”, ofreciéndoles el afecto y la gratitud y deseándoles la felicidad eterna. Son compatriotas, pero la patria no está. *Ibidem*, TI, p. 111.

¹⁹ No sólo ha sido destinado por Dios para la victoria, sino que concibe la idea de la reconquista cuando ve -escondido- que le llevan el viático a un enfermo, y se enfurece por el sometimiento de la religión. Todas las metáforas que se aplicarán a la energía en el combate, están nombradas aquí, como impulso religioso, único origen permitido de los impulsos legítimos: fuego, furor, llama, etc. *Ibidem*, TI, p. 86-87.

²⁰ La misma versión, aunque atenuada, presenta Manuel Pardo de Andrade, “Reconquista de Buenos Aires por las armas de S.M. Católica en 12 de agosto de 1806”, *Ibidem*, TI, p. 280.

²¹ *Ibidem*, TI, p. 55.

²² Sin embargo el liderazgo de Liniers es indiscutible en Ocampo: “De ese río dilatado/ Eres Vos el General;/ De la Audiencia Pretorial/ Presidente muy honrado;/ Gobernador muy honrado/ de tu pueblo agradecido/ Que a ley de reconocido/ Por su Pleno ayuntamiento/ con perpetuo Regimiento/ Vuestra casa ha distinguido”. José Gabriel Ocampo, “Poema panegírico”, *Ibidem*, TI, p. 19-20.

Manuel Pardo de Andrade menciona al Cabildo, los hacendados, y en fin, a todos los patriotas, aunque no pudieran combatir.²³

En esta distribución del heroísmo -personal- López y Planes es el que más enfatiza la labor de Liniers, como responsable de la victoria. Él es el que hace correr la llama de la *energía*²⁴ victoriosa que lo consume, no hay otro jefe que Liniers, en último análisis, ni otro actor principal que los argentinos, en la pluma de López y Planes. Él es -expresando en palabras tan distintas a Rivarola, en cuanto a la tangibilidad de la patria, y su existencia independientemente de la Monarquía- el “heroico jefe de mi patria amada”²⁵: el invicto, el salvador de la “dulce patria”, el “caudillo” modelo de lealtad tan evidente, para quien Carlos “prepara en premio de tu afán y celo./ El ya sin duda, partirá contigo/ El gobierno y sostén de estas provincias.”(¡!).²⁶

Otro ítem fundamental, donde aparecen perspectivas y por lo tanto usos diferentes de los términos, es cuando se habla del ejército y del pueblo. En López y Planes, Pueblo es utilizado semánticamente en dos sentidos, que pueden confundirse en un mismo autor. Pueblo son los pacíficos habitantes de una ciudad, (o la población) o es *el* pueblo en armas, que -por un lado defiende *su* patria, y por otro, los territorios del rey.

En el primer Romance de Rivarola, el combatiente es el ejército: *el pueblo*, usado en términos antiguos, es un espectador pasivo y angustiado, que se refugia en sus casas mientras los bravos soldados combaten con los herejes. Las mujeres -madres o viudas- están aterrorizadas y recluidas. El pueblo argentino -ahora sí argentino- está afligido y *padece* la invasión, y debe olvidar las zozobras que sufrió bajo el “terco” britano, “al ver el resultado de aquel día/ Que al Perú ha llenado de alegría.”²⁷ (¡!).

Vicente López y Planes tiene una perspectiva totalmente diferente del “pueblo”. El pueblo no es pasivo, es activo: es el protagonista de la victoria: no llena de alegría al Perú: lo *defiende*. Los compatriotas “de la Buenos Aires”, “La América han librado” son los “defensores ilustres del Perú” “Restauradores de Montevideo”, con la “sangre expersa” de los argentinos. ¿Se pueden ver las cosas de forma más diversa entre Rivarola y López y Planes?²⁸

Están los “ciudadanos”²⁹ y los “guerreros” pero finalmente el ejército es el pueblo. El ejército y el pueblo, unidos en el combate, -sin embargo- se distinguen

²³ Manuel Pardo de Andrade, “Reconquista de Buenos Aires por las armas de S.M. Católica en 12 de agosto de 1806”, TI, p. 296: “No hubo patriota, en fin, que no tuviera/ acción gloriosa que lo distinguiera”.

²⁴ Palabra clave en la lírica de la reconquista y posteriormente.

²⁵ Ibidem, TII p. 98.

²⁶ Ibidem, p. 99: llama la atención que este “Poema heroico” haya pasado sin problemas la censura, a diferencia del de la “Oda al Sr. Dn Santiago de Liniers” escrita por Prego de Oliver, peninsular, que fue censurada y corregida, Ibidem, TI, p. 76. Pero hay que destacar que hasta Rivarola, en la segunda composición,, distingue significativamente las vivas de la victoria: “¡Viva España dice *unos/ otros*, viva el Jefe nuestro”.

²⁷ Rivarola, “Octavas”, en Puig, op. cit. TI, p. 166.

²⁸ En la segunda composición, sin embargo, Rivarola hace participar al pueblo en las guerrillas, y en las octavas, convoca a “los pueblos” para que tomen el ejemplo de Buenos Aires. Es significativo que –mientras en Rivarola, en este pequeño lapso de tiempo- el pueblo aumenta su protagonismo, López y Planes después de la Revolución, lo elimina como actor *concreto* en la lucha.

²⁹ Paula de Andrade, “La reconquista de Buenos Aires”, en Ibidem. TI, p. 280.

identitariamente, un número relevante de veces, como también los íberos de los argentinos: “¡Oh! Vosotros iberos, oh argentinos,/ que de Roma y Cartago sois afrenta”.³⁰

López y Planes remata audazmente su Triunfo: pide a los muertos en batalla, ya que están cabe el Eterno, “Que su brazo sostenga nuestro esfuerzo,/ nuestra constancia, nuestro celo y brío,/ Para que el anglo en cuanta lid intente/ Humille su cerviz al argentino.”³¹ Sutilmente o no, anglo y argentino han sido puestos al mismo nivel.

En definitiva, asistimos aquí al inicio de la ecuación de transferencia de la soberanía del Rey, a la del pueblo en armas, la que más tarde cambiará el enemigo de ese pueblo en armas que se levanta para defender su patria, más tarde sus derechos originarios: “El pueblo cuyos brazos/ Al enemigo hicieron mil pedazos.”³²

Los sectores subalternos o bien marginales -si se me permite porque entre ellos están las mujeres- son tratados también de manera diferente según cada autor. No es extraño que las tendencias fidelistas se ocupen de las clases bajas y de las provincias interiores: esto remite a un imaginario diferente donde la concepción de la Monarquía barroca es mucho más plural -por más antigua- y su territorialidad fluye a partir de la soberanía del Rey, y todos los súbditos por igual, están sujetos en teoría, bajo su señorío. Rivarola le dedica cuatro páginas en el Romance que relata la segunda invasión³³: forman parte del tono épico presente en todas los relatos, que -en general- los remite a un lugar muy subordinado³⁴, salvo en Pardo de Andrade que les otorga también un lugar en la economía épica del relato.

Pero las mujeres, mientras en Rivarola son pasivas, con excepción de la “valiente tucumanesa”,³⁵ también tomada por Andrade, en Vicente López y Planes, aunque primero madres y viudas, algunas al oír los cantos marciales, a cuyo son:

³⁰ Vicente López, op. cit. p. 100. Aquí los argentinos van en segundo lugar, en Prego de Oliver, los patriotas van adelante. “Los hijos de la patria belicosos/ Y el íbero aguerrido”, y unas líneas más adelante asienta: el pueblo y tropas. op. cit, p. 98. Prácticamente todos los autores hacen la diferencia. Algunos de manera más arcaica “indianos”, otros “americano” (nunca “criollo”) patriota, pero todos en algún momento, hablan de argentinos, si se refieren a los patriotas de Buenos Aires o a su pueblo, y la mayoría lo hace con naturalidad y una misma pertinencia.

³¹ *Ibidem*, p. 102.

³² Prego de Oliver, op. cit. *Ib.* TI, p. 77. Para ver las “ecuaciones de transferencia, cfr. Guerra, Francois-Xavier, “De la política antigua a la política moderna. La revolución de la soberanía”, en Francois-Xavier Guerra, Annick Lampérière et al., **Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas Siglos XVIII y XIX**, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 135 y ss. En López y Planes, la transferencia al pueblo es más tenue: “el argentino ejército no cesa/ De llevar terror al enemigo”, *Ibidem*, p. 81.

³³ *Ibidem*, p. 158-162.

³⁴ López y Planes le dedica una línea. *Ibidem*, TII, p. 72. Después de la Revolución de Mayo, los “pardos negros y morenos”, prácticamente dejan de aparecer en la lírica culta. El pueblo, se transforma en vulgo, plebe y hasta canalla: Quedan “los guerreros”, que normalmente son los patricios, que recuerdan o son equivalentes, iconológicamente, (que no significa iconográficamente, sino el valor relativo inmanente de cada ícono en un sistema de íconos, más que un paneo de símbolos) al regimiento de Patricios de las invasiones inglesas.

³⁵ Tucumán y Paraguay, por la actuación de dos paraguayos, son las únicas provincias que se mencionan, y de manera circunstancial.

“marchaba el argentino/ se oyeron resonar aquellos rasgos/ De algunas heroínas, y festivos/ Respondían con vivas los guerreros. Así a otras también cual torbellino./ El varonil ejemplo las rebata/ Y de farda marcial con muy prolijo/ Cuidado se ornan, y después de armadas,/ abandonan su hogar para seguirlos.”³⁶

Lo que se concluye de esto, en cuanto a las mujeres, es que las mujeres de Rivarola y Andrade, son distintas de las de López y Planes: aquellas “es” una, y lucha al lado de su consorte: éstas son un *grupo* que participa del bullicio, de la alegría previa al combate, y -antes de él- *arreglan prolijamente su atuendo marcial*. No vaya a ser que las argentinas sean tomadas por lo que no son: conservan su femineidad, aunque sigan el ejemplo varonil.

Juan Ramón Rojas, menos enfervorizado, más reflexivo que López y Planes, le cuenta a un amigo sus sentimientos, y trata de explicarle lo que ha sucedido:

*¡Oh mi amigo! Si vieses/ una y un mil y miles de habitantes/ Que hoy estrecha la madre patria amada/ En su área afortunada Amigos, y constantes/ Respirando unos mismos sentimientos/ Animando placenteros y contentos/ Da una prueba alzada/ De su fidelidad no, no creyese/ Que era la capital de otras veces”.*³⁷

Buenos Aires ya no era *la* misma. Algo profundo había cambiado. Lo que ve parece algo profético: “Pura, felice patria, y rauda vuela/ en alas de la fama/ y el muy noble argentino/ que tus timbres anhela/ llegue al ferviente inmortal destino/ Del terso honor que ama/ Y que el ibero ufano/ Mire grato al humilde argentino”.³⁸

¿Cuál es la explicación de este cambio enorme que Velez no podrá creer? “Yo me extravió entre los laberintos/ De mi razón metido,/ Y una tal metamorfosis no explico,/ Dejemos los misterios tan distintos/ A otra pluma mejor.(...)”.³⁹

La respuesta de Rojas es que es un misterio que no sabe resolver. Las fuentes no permiten una explicación -no ya apodíctica- ni siquiera mínimamente satisfactoria, dada su riqueza, profundidad, y -desde ya- cantidad. Lo primero que se ofrece al lector atento, es que de aquí a lo que pasará en breve, desde el punto de vista semántico, hay sólo un paso. En segundo lugar, hay un semantema que está omnipresente en todos los actores, y del que no me molestaré en citar sino sólo una ejemplo, por omnipresente: el enemigo ha despertado una *energía*⁴⁰ que procede de la opresión a los sentimientos

³⁶ López y Planes, op. cit, p. 73. Paula de Andrade destaca que después de luchar, La amazona Manuela, que lucha al lado de su consorte, matando “al inglés más valiente y obstinado/ presentando a Liniers en la campaña/ El fusil por trofeo de su hazaña”, Pardo de Andrade, “La reconquista”.

³⁷ Juan Ramón Rojas, “A Don Juan Bernardo Velez, Carta sobre la bendición de las banderas”, en Puig, op. cit, III, p. 273.

³⁸ Ibidem, p. 270-271.

³⁹ Ibidem, p. 275.

⁴⁰ Pueyrredón felicita a los Húsares desde Cádiz, diciendo que Napoleón “ignora e ignoran todos, el fuego eléctrico que corre en vuestras venas.” Juan Martín de Pueyrredón al 1er. Escuadrón de Húsares voluntarios de Buenos Aires, Cádiz, 27 de septiembre de 1808, AGI, Buenos Aires, 155. Tal como he dicho, es omnipresente, pero he aquí unas muestras de las más sugestivas, sólo teniendo en cuenta las que hablan de la energía o del fuego, que el patriotismo moviliza. Gabriel Ocampo, “No quieras otra ocasión [nación inglesa]/provocar nuestra energía/ Porque entonces a porfía/ vomitaremos centellas,/ para no dejar ni huellas./ De tu bárbara perfidia”, T1, p. 27. También “No hay patricio según veo/ Que respire cobardía/ 26

colectivos y a sus pulsiones más íntimas. Energía que ha sabido movilizarse, y se reconoce en la victoria y que no se puede controlar, exige ser desplegada. Y el sujeto colectivo que despliega esa energía victoriosa, que se siente a sí mismo, ha elevado su mirada orgullosa, hasta interpelar soberbio a los ingleses: “¿Vosotros sois los célebres britanos/ Que os gloriáis de haber solos resistido/ de Napoleón al soberano esfuerzo?/ Vosotros sois aquellos que habéis dicho/ A la faz de la Europa, que un britano/ Es bastante a rendir cuatro argentinos?”⁴¹

Más tarde, los “argentinos” dirán que vencieron también a las tropas españolas que vencieron a Napoleón. Pero “argentino” ya era otra cosa totalmente distinta. ¿Acaso podía evitarse el narcisismo?

El sueño argentino

El salto semántico y los avatares de la guerra

La *Marcha nacional* de López y Planes, con música de Blas Parera, grandilocuente, marcial y triunfal, es en su letra y en su música, un resumen y una apuesta audaz,

porque siendo Vos su guía,/ Aun el sexo mujeril/ quisiera tomar el fusil/A vista de tu energía”, T1 p. 15-16. Asimismo, “Es publica tu energía/ A la faz del Universo/ como el valor y el esfuerzo/ de los nuestros ese día: tanta fue la valentía/ que mostró cada soldado,/ que Beresford despechado/ Arroja su propio acero,/ y se rinde prisionero/Al español esforzado”, *ibidem*, p. 17. Liniers busca gente para la reconquista y halló habitantes “Dispuestos a exceder en heroísmo/ A falanges guerreras que sus vidas/ Consagraran al bélico ejercicio./ Tanto es el fuego que sus almas nutre.” TII, p. 66-67. A continuación, p. 67: “Todo es obra de un Sacro fuego”, etc: esa llama feliz la ha fomentado. Liniers la fomentó, pero existía. “Este vivo entusiasmo esta energía,/ vigorizan de nuevo al argentino/ Y ansias le inspira de perder su aliento/ Contra el tirano el sanguinario inicuo/ Y agresor crudo de sus patrios lares. (...) Entrando a todo trance aqueste aviso/, a los bravos soldados nueva llama/ En sus pechos enciende enardecidos, A pesar de las sombras pavorosas,/ esparcidas por todos los caminos,/ Do podría repente sorprenderlos/ el isleño insidioso sin ser visto”. TII, p. 79-80. En López, la energía –a veces fuego- es causa de la “lealtad, valor y heroísmo”, y el “sobrehumano aliento”. p. 96. Después de la victoria, en Montevideo el valle el río el monte, aparecen “De la llama argentada embellecido”, p. 98. López arenga a los muertos en combate: “Pero muy más allá vuestro desnudo/ Durará todavía, aunque el sombrío/ Sepulcro de reposo a vuestras dignas/ y gloriosas cenizas: allí activo/ Arderá siempre el fuego, el sacro fuego, que abrazó vuestras almas: allí al niño/ Sus padres llevarán, y electrizados/ Le dirán: aquí posa el heroísmo./ Al tierno pecho pasará la llama/ que alimentó los vuestros, y principio/ tendrá allí su valor. Aquí es donde más se nota que esa energía, ese fuego, es algo colectivo, capaz de ser transmitido a las posteriores generaciones: es eléctrico; la metáfora no está elegida al azar. Este fuego, nutre y alimenta lo necesario para cualquier esfuerzo, como termina reconociendo Whitelock: “Guerra inoportuna hacemos con varones/ Del poder de los dioses revestidos;/ Varones invencibles, cuyo esfuerzo/ No sucumbe a la guerra: cuyo brío./ Aun subyugados los mantiene en arma”, TII, p. 97. Rivarola enfatiza que este fuego sagrado nutre, alimenta, llena: “Ya de su sagrado fuego del h[echo más prodigioso]/mi débil pecho se llena/ e inflamado de tu llama/ siento que su voz se esfuerza”, TI, p. 84. En el Romance, este autor enfatiza el factor religioso como origen de la energía hasta ese momento faltante: Liniers ve pasar el Viático a un enfermo mientras está escondido, “Temiendo la gente nueva/ le acompaña reverente/, le adora, y en su presencia/ se enciende su devoción/ y se avivan sus potencias/ Siente un fuego que le abraza/, siente un ardor que le quema./ un celo que le devora/ una llama que le incendia./ un furor que le transporta/ por el Dios de cielo y tierra./ Los espíritus vitales/ nuevo ardor dan a sus venas/ y allí mismo se resuelve/ a conquistar la tierra”, TI, p. 87. En la segunda invasión, ante la intimidación inglesa de rendimiento, Elío “contesta con energía,/firmeza y valor” [diciendo], etc. “de honor y valor ardiendo”, T I, p. 147.

⁴¹ López y Planes, *op. cit.* p. 69.

envasada en la euforia de la venta, de todo lo reseñado hasta aquí. Es claro que la Argentina de “El triunfo Argentino” de López y Planes, no es la misma Argentina a la que alude él en el Himno, ni todos los demás en su producción lírica: el término es el mismo. Pero como se puede ver, el recorrido histórico entre 1806 y 1814 hace ver un despliegue semántico del término, en el que mucho tienen que ver la Revolución y la marcha de la guerra. La *argentina* nunca será ya la misma. La experiencia, había ido produciendo, construyendo nuevos significados que hacían que Buenos Aires se viera a sí misma de una manera distinta y se asignara roles distintos, que antes no tenía. Buenos Aires, se veía a sí misma en las pupilas de las demás ciudades, como *argentina*: se conocía, de manera que podríamos decir, como se conocen las personas y las sociedades, a través de los otros. Y ya nunca se colocará en el mismo lugar. Ni será la misma la resonancia de esa mirada en las pupilas de las demás ciudades.

Sobre un horizonte identitario Americano, la libertad es reprimida en Méjico, Quito, Potosí, Cochabamba, La Paz, Caracas, que lloran bañados en sangre. Pero ¡atención!: “el valiente argentino a las armas/ corre ardiente con brío y valor”. La sangre de los pueblos hermanos, está siendo vengada por las armas argentinas: “San José, San Lorenzo, Suipacha,/ Ambas Piedras, Salta y Tucumán,/ La Colonia y las mismas murallas/ Del tirano en la Banda Oriental, son letreros que dicen: Aquí el brazo argentino triunfó: Aquí el fiero opresor de la patria/ Su cerviz orgullosa dobló”.

No importan demasiado los contrastes bélicos, el fracaso de Paraguay - expedición de la cual alguna composición tiene la desvergonzada alegría de celebrar Tacuarí-, el Desagüadero, Vilcapugio y Ayohuma, la pérdida del Alto Perú: ni se mencionan. Sólo las victorias cuentan. “La” victoria cubre con su gloria al guerrero argentino, y a la vista de esta gloria, el tirano se da a la fuga. Por eso, ya tempranamente, “Buenos Aires se pone a la frente/ de los pueblos de la ínclita Unión/ y con brazos robustos desgarran/ Al ibérico altivo león.”⁴²

Es el único momento de la composición en que se nombra a Buenos Aires: la ciudad de Buenos Aires, uno de los pueblos, que se pone a la cabeza de la Unión. Pero es el “brazo argentino” el que va colocando “letreros”, “aquí” en áreas muy distantes, pero que constituyen un todo de sentido abierto, un “circuito”, donde circula no solamente una afinidad, sino un sentimiento que nace primero de la contigüidad evidente y el conocimiento previo, pero sobre todo de la ideología de la libertad utilizado como ideologema. Ese “robusto” brazo va perimetrando, con “brío y valor”, el área, ese “circuito”⁴³ donde el despotismo no reinará más, porque “a su marcha todo

⁴² Pido perdón al lector, por no encolumnar los versos, pero requeriría un espacio adicional obligado por las fuentes, que no es posible en estas circunstancias.

⁴³ Juan Ramón Rojas, “A las provincias del interior oprimidas. Para que no desmayen en sus esfuerzos con la marcha del ejército de Buenos Aires a la Banda Oriental, en cuyos triunfos se cifra su absoluta libertad. 28 de julio de 1812”, es el primero que afirma que al interior de ese circuito, reina la libertad y no el despotismo. *Todo el país* se conturba por gritos: aquí hay otro desplazamiento semántico: el país es la patria, pero *ésta* patria, parece coincidir con la nación que se levanta. El tema de que Buenos Aires está a la cabeza de la Unión, arranca ya desde antes, y está en casi todos los autores de poesía culta. Dice Aguilar Piñal del tema del ardor, el furor, el fuego, y las demás metáforas que sugieren una “energía eléctrica”, que “parece excesivo de deducir de este ‘furor poético’ una identificación con la ‘axiología’ romántica no es un antecedente del romanticismo”, es necesario tenerlo en cuenta: sin este *pathos*, quizás el romanticismo (europeo) no habría sido posible, aunque debo agregar, que hay toda una veta ilustrada que prioriza los

hace temblar”, hasta la tumba del inca, a cuyos huesos se contagia el ardor de los combatientes: *aquí* el brazo argentino triunfó. Ese *aquí* son los letreros que van marcando un área que -por un lado es una alusión implícita, de área bajo la protección de Buenos Aires- y por otro de pertenencia a un “sistema” de libertad que reúne a los pueblos de la Unión.

Pero ésta Unión, cuya cabeza -según se afirma- es Buenos Aires, tiene un cuerpo, que se va construyendo a medida que los triunfos del brazo argentino van ganando terreno. Tiene un gobierno. Este gobierno es conocido -y temido- en la Banda oriental, como veremos. La Banda oriental es quizás el primer espejo de este ente identitario que emerge, narcisista. Y tiene una morfología política, según afirma, paroxística e hiperbólicamente, Vicente López y Planes. En el conocido enunciado: “Se levanta a la faz de la tierra/ Una nueva y gloriosa nación/ Coronada su sien de laureles,/ Y a su planta rendida un león”.

La nueva nación se levanta: emerge. Estaba escondida. Sumergida. La intuición de Mitre, aparece aquí quizás prefigurada: es muy difícil a la imaginación literaria del autor, no imaginar *ex post* una génesis: en *El triunfo argentino*, en 1807, no se encuentra ya ni una mención a los “criollos”. El pensamiento está focalizado en los habitantes de Buenos Aires: los *argentinos*. De allí a creerse, inventar, o hacer creer que ese pueblo estaba sumergido ya, cuando las invasiones inglesas, o tenerlo por implícito hay un paso muy pequeño, lo que constituye un fenómeno difícil de contradecir, podríamos decir. Al mismo tiempo la nación postrada, postergada, se levanta con violencia y *sacude* sus cadenas con autoridad, ardor bélico que le otorga gloria en la batalla y fama. La fama del nombre de esta nueva nación, resuena de un polo a otro desde América, y les repite (la fama del nombre) a todos los mortales, convocándolos: “Ya su trono dignísimo abrieron/ Las provincias unidas del Sud./ Y los libres del mundo responden:/ Al gran pueblo argentino salud”.

Es decir: que -según la *Marcha patriótica*- hay una nueva nación, que se llama *Las Provincias unidas del Sud*, que está en pie de igualdad con “los libres del mundo”, precisamente por ser libre. Y el garante de la existencia de esa nueva nación es... el *gran* pueblo argentino, que es el responsable de su arquitectura. Y que es *colocado* como principal responsable y director del curso de la guerra.

“A vosotros se atreve argentinos/ El orgullo del vil invasor:/Vuestros campos ya pisa, contando/ Tantas glorias, hollar vencedor Más los bravos que unidos juraron/ Su feliz libertad sostener,/ A estos tigres sedientos de sangre/ Fuertes pechos sabrán oponer”.

sentimientos cuyos ejemplos más patentes son Rousseau y Shaftesbury. Tanto Luzán, autor español fundamental para el canon neoclásico, que dice que este *pathos* es fundamental en el “buen gusto” poético, como los otros dos autores, estaban presentes en las bibliotecas porteñas. Jaime Peire, “Leer la revolución de mayo. Bibliotecas tardocoloniales (1767-1820)” en **Eadem utraque Europa, Revista de Historia cultural e intelectual**, nº 5, Buenos Aires, 2007 (en prensa). La cita es de Francisco Aguilar Piñal, **La España del absolutismo ilustrado**, Madrid, Espasa, 2005, 259.

⁴³ Y no es el primero en afirmarlo, como ya vimos.

Pero ¿es este pueblo argentino el mismo al que Vicente López y Planes -y otros compositores- pone como protagonistas de su “triumfo argentino” de 1807? Es obvio que no: el pueblo *argentino* que él ponía en escena en aquella loa, se refiere fundamentalmente pero también a los peninsulares que entran en la refriega, cuyos cuerpos guerreros enumera minuciosamente. Ahora, los españoles han pasado a ser los peores enemigos, y el gran héroe Liniers ha sido fusilado por traición: ser *argentino* es otra cosa ya. Argentino, es ahora el pueblo criollo de Buenos Aires, aunque esta expresión ya es anacrónica⁴⁴, incluso en los cielitos, donde criollo equivale semánticamente también a paisano, o cualquier expresión que designe al habitante rural sencillo.⁴⁵

Tampoco el área del sujeto de la acción “el pueblo argentino” es la misma: antes era el río de la Plata. Ahora esa área se ha desplegado y el “argentino” ha expandido su legítimo derecho y deseo de libertad por una extensión inmensa, y ha constituido una Unión, a la que -en nombre de la impostergable libertad- honrará con su vida. Además ha ido jalonando de “letreros” que anuncian sus victorias, y que van liberando los pueblos de los que se considera cabeza.

Sin embargo, a pesar de la cierta verosimilitud⁴⁶ que se podría diagnosticar en la operación de la imaginación literaria de López y Planes y los demás autores en el uso del término *argentino*, donde el caso de este autor es paradigmático, es evidente que tras él, hay una operación, un artificio construido -sino deliberadamente- sospechosamente: la iconografía grecorromana, es trasladada a los héroes de turno. Ayer a los *argentinos* de 1807, sobre todo, también de manera hiperbólica y apoteósica a Liniers, pero también al ejército hispano, al hispano guerrero, a los pechos hispanos, al invicto hispano, la gloria, etc. En 1811 a Balcarce, nuevo Marte, que conduce el ejército que fusiló a Liniers, fiero Marte durante las invasiones inglesas. Los antiguos hispanos, se han convertido -acaso por arte de birbirloque- en el enemigo más despreciable, carnicero y feroz que imaginar se pueda, y su despotismo “pestífera hiel”.

Ahora los invictos, los pechos, los bravos, los victoriosos, el ardor, la furia, son atributo de los argentinos: las mismas hipérboles, las metáforas, y apoteosis son desplazadas, y unificadas bajo el sujeto monopólico -y monolítico- de los “argentinos”. Los rayos fulminantes de Júpiter cambiaron sospechosamente de dirección del inglés al hispano. Parte de los que antes “aterroriza[ba]n a los ingleses ahora son aterrorizados por otra parte -otra vez- por los argentinos. El inglés envidiaba el valor de los hispanos.

⁴⁴ Es difícil encontrar esta palabra, y cuando se la encuentra se alega a un perfil identitario más rudimentario elegido para un contexto especial. Por ejemplo Eulalia es maltratada por la turbamulta que le fija en la frente un papel que dice: “Y que quiere ser sucia y gallega/ que criolla con honor casa y talega”. No es un detalle menor que se tratara de una mujer. Ni que fuera la “chusma” la que la insultara. Se dice argentino, se habla de igualdad, pero cuando se trata de concretar, no a cualquiera le es adjudicada tal identidad. Cayetano Rodríguez, “El sueño de doña Eulalia”, en Puig, op. cit., TIV, p. 70.

⁴⁵ En general la palabra “gaucho” aparece pocas veces. El sujeto de imputación de la acción es un “Nosotros”, que se opondrá al enemigo de la patria, ya en 1810, en el ámbito rural, manifiestamente igualitario.

⁴⁶ Para el tema de la verosimilitud, ver Hans Blumentberg, **Paradigmas para una metaforología**, Madrid, Trotta, 2003.

Ahora los hispanos envidian a los argentinos.⁴⁷ Antes el se solicitaba al Eterno que sostuviera a los habitantes de Buenos Aires que sostuviese su brazo para que –como vimos- el anglo humille su cerviz al argentino. Ahora los argentinos doblan la cerviz del hispano. Antes las victorias patriotas hispanas, ahora las victorias de los patriotas: “son letreros que dicen/ Aquí el brazo argentino triunfó:/ aquí el fiero opresor de la patria/ Su cerviz orgullosa dobló”.⁴⁸

Antes, Pelayo español, ahora, Pelayo argentino. Antes, en fin, el enemigo eran los británicos, ahora son los españoles, “traidores” y “rebeldes” por añadidura. Y a medida que corre el tiempo, se acentuará la carga negativa, hasta ser lo peor de lo peor.

Uno está tentado a pensar que el autor -y otros- simplemente realizaron una sustitución, y desplazaron semánticamente -o intentaron hacerlo- el término argentino y su área de acción y su morfología política, en fin su identidad, de manera casi mecánica. Pero sólo posteriores estudios permitirán una respuesta más profunda a este importante interrogante, sin embargo, la lectura atenta de los poemas de *todos* los poetas, sugieren que están hablando desde un *lugar* distinto, y que ese lugar surge de una experiencia, aunque ésta sea construida, como todas, en menor o mayor medida.⁴⁹

Una nueva nación donde tiene su trono “la noble igualdad” y por ello únicamente ella es dulce y suave, únicamente ella es la patria amada y amable. Y gloriosa. La “noble” igualdad no es una *contradictio in terminis* como podría interpretar algún lector poco avezado, anacrónicamente. La contradicción es totalmente deliberada, para realzar la igualdad, que se sitúa en un trono, donde precisamente antes se sentaba un Monarca, o lo que es lo mismo: se acabaron las diferencias. El trono del Rey lo ocupa la igualdad, que es *noble* en un sentido parecido al que nosotros lo entendemos: ha ascendido -o más bien se pretende su ascenso al Trono, mediante un discurso perlocutorio-, más allá de que este fuera un ideograma o impracticado o acaso considerado impracticable en ese momento. Pero esto contrasta con la circulación semántica que se produce en los cielitos, que se acentuará cada vez más: “Al amigo ño Fernando/ vaya que lo lama un güey/ porque ya los tupamaros/ no queremos tener rey”.⁵⁰

⁴⁷ Además de las que citamos en el texto, por ejemplo Fray Cayetano Rodríguez, “La Municipalidad de Buenos Aires, al General Don José de San Martín, Canción encomiástica”, 1818, en Puig, op. cit., TIV, p. 112.

⁴⁸ En la “Oda a la victoria de Suipacha”, de Vicente López y Planes, se alude a esto al decir “al hollar la cerviz de los traidores.”, en Puig, op. cit., 106.

⁴⁹ Para el tema de la validez de la experiencia como evidencia, y su valor en la construcción de la identidad, Cfr. Joan Walach Scott, “The evidence of experience”, en Terrence McDonald, **The Historic turn in The Human Sciences**, Michigan University Press, Michigan, 1996, p. 379-406. También el debate que describe Dominick LaCapra en **History in transit, Experience, Identity, Critical Theory**, Cornell University Press, Ithaca and London, 2004, Cap.I, “Experience and Identity”.

⁵⁰ Bartolomé Hidalgo, **Cielitos y Diálogos patrióticos**, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967, p. 10. Probablemente un poco posterior a la fecha en que está datado en AGN, BN, 306, que es 1810. De hecho, Becco, citando a Rodríguez Molas lo cita como de 1820. A nosotros nos parece anterior, por la referencia a los tupamaros. Rondeau dice en su Autobiografía, que se lo destinó a Paysandú para separarlo de la Plaza de Montevideo por “patriota”, pues “el sargento mayor de la Plaza, que era entonces un oficial de marina apellidado Ponce se le oía titularme de Tupac-Amaro, mote este, diremos a (...) con cuyo apodo se distinguía por los realistas a los partidarios de la emancipación americana.” Rondeau, “Autobiografía”, citado por Septembrino Pereda, **Paysandú patriótico**, Montevideo, El Siglo Ilustrado, TI, p. 7-8. Cfr.

En la medida en que el discurso -todavía folklórico- conserva un lenguaje rural y llano, la igualdad estará presente, no de manera puramente retórica. Cuando lo abandona, se alejará de ella y aparecerán los patricios, o la igualdad no se mencionará.

Montevideo a los pies de Buenos Aires

Ya aún antes de la toma de Montevideo, Rojas había recogido la idea de que desde que el *argentino* comenzó a hacer “bambolear” los cimientos del despotismo, “tremoló el estandarte de nuestra independencia”, y la hueste *argentina* ha cercado la “comarca” convecina, que será “nuestro teatro en adelante”. Montevideo será un monumento a la constancia y el arrojo del “argentino heroico”.⁵¹

La toma de Montevideo generó una producción lírica que por primera vez, en el caso específico de Esteban De Luca, establece una panorámica Americana más global. Su vista recorre la Venezuela del terremoto de 1813, el México del momento de Morelos, y nos retrotrae al momento de Cajamarca, y a la derrota azteca de Otumba, que subraya los derechos originarios de los americanos, el vomitante Chimborazo. Pero hay una característica de esta composición digna de subrayarse: los que luchan por la libertad después de tres siglos de opresión son *los patricios*, que son los guerreros actores de la lucha, que contrastan con las ominosas metáforas que son usadas para designar a la “turba del pueblo” o “impía turba”, “vulgo ciego”.⁵²

La sola mención al inmortal Colón, nos pone en aviso de que -en esta composición- estamos ante un horizonte de comprensión un poco distinto. Sin embargo, sobre el final de la composición, dentro de un amplio marco espacial del suelo americano más común, expresa, que -dentro del ámbito americano, el enemigo más temido es el argentino, que ha tomado el baluarte oriental. Más adelante volveremos sobre este tema.

La euforia de la toma de Montevideo, todavía perdura en esta composición, tal vez alentada por la victoria de la Florida y los continuos avances del ejército patriota, antes de la batalla de Sipe-Sipe. Esto se ve claramente, en la perspectiva sobre la morfología política que Rodríguez está leyendo, en su imaginación poética: “La sonora trompa/ sonó de tu fama/ Y su voz proclama/ La nueva nación.”⁵³

también Leoncio Gianello, quien eñala que Elío tachaba de “tuapacamaros” a los que desconocían su autoridad. “La rebelión de Tupac Amaru. A doscientos años de un levantamiento que señaló el rumbo de la Independencia”, en **La Nación**, Buenos Aires, Domingo 6, julio 1980 Secc. 4ª, p. 3.

⁵¹ Juan Ramón Rojas, “Canción Heroica en que se describe la situación de Montevideo y la ruina que aguarda a su tirano por el valor de las tropas de Buenos Aires; por un oficial del sitio, 10 de agosto de 1811”, *ibidem*, TII p. 248-250. También del mismo autor, “A las provincias oprimidas. Para que no desmayen en sus esfuerzos con la marcha del ejército de Buenos Aires a la Banda oriental, en cuyos triunfos se cifra su absoluta su absoluta libertad, 28 de Julio de 1812”, *ibidem*, p. 251.

⁵² Esteban De Luca, “A Montevideo rendido”, 1814, *ibidem*, TII, p. 158- 159.

⁵³ Fray Cayetano Rodríguez, “Oda al Brigadier Don Carlos María de Alvear”, en Puig, TIV, p. 92-96. Cfr. “Himno al 25 de mayo”, 27 de mayo de 1815, en el que se alude a la igualdad de las naciones con “el pueblo libre” p. 99. (“Himno a las fiestas Mayas”), en Puig, TIV, p. 101. Lejos está este autor de la composición que hiciera en honor de los negros esclavos por su acción en las invasiones inglesas. Cfr. TIV

Rodríguez retoma la morfología política de López y Planes, sin vacilar. Del suelo de la *Gran capital* -en la poesía de Rodríguez- brotan campeones que van *peregrinando* en la lucha por la libertad, y el autor no tiene reparos en decir que este suelo debe ufanarse⁵⁴ de que de él broten héroes. Lo que nos revela por el contrario, que el autor está pensando también en los patricios a los que se refiere De Luca. No aparecen en su imaginario los combatientes. Sólo la gloria: y por eso el otro gran tema de ésta composición es uno de éstos frutos dignos de tal capital: Alvear.

Lo que quizás resulte un poco abrupto es que la Patria igualitaria que los cielitos venían expresando, desvían ese igualitarismo, salvo los que revelan una mirada más artiguista⁵⁵ y comienzan a cambiar de tono significativamente: ya no se habla de “nuestras tropas” si no que se cambia -en un tono más convencional y solemne, sin lenguaje rural- ya que los *patricios guerreros*⁵⁶ una expresión muy usada en la poesía culta, no había sido usado anteriormente en los cielitos. Existían los guerreros, en quienes se imaginaba los oficiales del ejército de línea, y que -¡Oh sorpresa!- aparecen en los cielitos -evidentemente porteñistas- de la mano de Alvear!⁵⁷ Se puede inferir de lo que es capaz “un guerrero argentino” según lo traza Rodríguez acerca de Alvear, en una estrofa de este cielito anónimo: “Viva nuestro general/ y vivan todas sus tropas, que concibieron (sic) rendir, toda la fuerza de Europa”.⁵⁸

Este perfil identitario puede observarse en el Diario de Acuña de Figueroa, que describe, con una clara mirada oriental, lo que estaba sucediendo.

“Perdió su baluarte/ La España y de Marte/ Sucumbe al poder,/ Y la fama asombrada pregona./ Que hoy se ha visto la íbera corona/ Ante el gorro argentino caer.”⁵⁹ ¿Acaso se puede ser más claro? Sólo cabe señalar que en los sentimientos de este observador, en junio de 1813 estaba claro que la Corona -huelga decir, símbolo de un régimen monárquico- ha sido sustituida *por la fuerza*, (Marte) ha *caído*, ante una fuerza -que claramente emerge orgullosa y triunfante, como no deja de insistir Acuña de Figueroa- cuyo signo -el gorro-indica un régimen muy distinto al monárquico, de donde arrancará pronto la desconfianza oriental. “La blanca y celeste insignia/ Del argentino Gobierno/ En el Cerro y Ciudadela/ Enarbolaron a un tiempo”.⁶⁰

Tenemos pues aquí un repertorio identitario bastante completo. En primer lugar no es el gobierno ni de los españoles, ni patrio, en el sentido del suelo, aunque si

p. 25 y ss. La alegoría de la libertad de Buenos Aires de su esclavitud, y la de los negros había quedado atrás. El anterior igualitarismo dará paso a la desconfianza.

⁵⁴ Este verbo es usado para asignarlo a los dos bandos que se hallen en la pugna

⁵⁵ Autor anónimo, “Cielito del 24 de febrero” recogido por Acuña de Figueroa, el 22 de abril de 1814. Cfr. Horacio Becco, **Cielitos de la Patria**, Buenos Aires, Plus Ultra, 1985, p. 26. Es probable que fuera de fecha anterior, pues porteños y artiguistas parecen convivir en armonía.

⁵⁶ Anónimo, “Cielos de la patria”, 1814, en Horacio Becco, op. cit. pág. 27. Este cambio se da en la misma composición, la que comienza con un lenguaje llano, “Alviar, por Alviar y usado también por aliviar” por ejemplo, pero pronto baja línea cambiando de persona, e incluyendo el “nos” exhortativo en el que se sugiere que a los paisanos “los patricios guerreros” defiende a los simples soldados. Ibidem, p. 29. Aquí ya se habla de “Unión”.

⁵⁷ Ibidem, p. 28.

⁵⁸ Ibidem, p. 28.

⁵⁹ Francisco Acuña de Figueroa, **Diario histórico del sitio de Montevideo en los años 1812-13-14**, Montevideo, Colección de Clásicos uruguayos, TII, p. 352.

⁶⁰ Ibidem, TII, p. 359.

patriota, pues así denomina a veces Acuña de Figueroa al ejército sitiador, seguramente por los orientales que lo integran, en el sentido de la libertad de España. Ese gobierno ajeno, se llama “argentino”, y eso en el contexto que ya hemos visto, significa “de Buenos Aires”, y su bandera, es inequívocamente al “gobierno de Buenos Aires, no al “nuestro”, como se verá más adelante.

La Independencia

Aunque muchas veces nombrada aisladamente, como algo ya conseguido progresiva e inexorablemente, significativamente la poesía de la élite, tuvo escasa producción lírica específica con motivo de la declaración de la independencia, tal vez por el delicado momento internacional que se vivía, después de la debacle napoleónica, en pleno proceso de restauración. Ya Azcuénaga -siempre mordaz- se había encargado de remarcar el momento.⁶¹ Una de las excepciones fue Fray Cayetano Rodríguez, autor de un Soneto, donde convoca a los que anhelan la libertad: “Fijad destino nunca mas glorioso/ Que el bello país donde reposo/ Respiran libres ya sus habitantes”.

En cambio, en el discurso popular marcó un hito, una explosión de júbilo. La declaración de la Independencia nos permite observar el desenvolvimiento de este discurso, hasta hacerlo más nítido. Al cielito de la independencia, atribuido a Hidalgo, le sumaremos los melólogos como complemento, algunos de Bartolomé Hidalgo, otros atribuidos a él, que se tienen gran afinidad temática con los cielitos.⁶²

El *Cielito de la independencia*, atribuido a Hidalgo, comienza tratando de instaurar un clima festivo, porque la libertad -valor-fin del archipiélago de valores, la libertad “*suspirada*”, la libertad por la que vale la pena rendir la vida-, *ha llegado a ser* una realidad, por lo tanto, el cielito es el baile de la Unión, porque la libertad, es precisamente el cielo.⁶³

*“Hoy una nueva Nación
En el mundo se presenta,
pues las Provincias Unidas
Proclaman su Independencia”.*

En las tres ediciones que cito, Provincias Unidas está con mayúscula inicial. No hay pues confusión en el artículo “las”: no son cualquier unión de Provincias, sino “las” Provincias Unidas, por las cuales hay que estar como en el cielo. Al proclamar su

⁶¹ Domingo Azcuénaga, “Soneto a la paz general de Europa”, en Puig, op. cit., TI, p. 231.

⁶² “El melólogo ‘es una acción escénica, por lo general para un solo personaje, con un comentario sinfónico que ya teje un fondo sonoro a la voz del actor, ya que se alterna con la palabra para subrayar su expresividad. (...) En los tiempos modernos tiene su iniciador en Juan Jacobo Rousseau con “Pígameón”, representado en 1770. Pasa a España donde Tomás de Iriarte estrena *Guzmán el Bueno* en 1789, y se difunde ampliamente en la península.” Bartolomé Hidalgo, **Obra completa**, Montevideo, 1986, p. LVII.

⁶³ Este uso polisémico, simbólico en realidad, era usado en la época. Véase el “Cielito de los olivos”, *Ibidem*, p. 39, donde se hace el mismo juego con la palabra cielo. Becco, op. cit. p. 35 y ss.

Independencia,⁶⁴ una nueva Nación ha nacido. No hace falta tener una empatía especial con la fuente, para comprender la sensibilidad del poeta:

“¡Viva la Patria, patriotas!
¡Viva la Patria y la Unión!
¡Viva nuestra Independencia,
¡Viva la nueva Nación!”

Ahora bien, queda claro, que todo miembro de esta Patria, lo es al mismo tiempo de la Nación, y lo es también de la América: “Todo fiel Americano/ Hace a la Patria traición/ Si fomenta la discordia Y no propende a la Unión.”

El *cielito* no se detiene -ninguno en realidad lo hace- a explicar esta identificación o superposición de figuras identitarias, y de sujetos colectivos de acción, porque están en el corazón; patria, Unión y Nación *parecen* lo mismo: pero sin embargo no hace falta gran sutileza para entender que no son sinónimos. El entusiasmo y la alegría, que son los sentimientos preponderantes del *cielito*, están penetrado por un ordenamiento que una lectura atenta puede observar. Las palabras no están colocadas homologando una y otra sin más. Por el contrario, hay una circulación, dentro de esa “Unión”-“Nación” que es el fruto de la Independencia y que hay que *consolidar*, es decir cuyo proceso de afianzamiento definitivo no ha terminado, pero que está en el sentimiento, hay una *porción* a la que el poeta se refiere, y a la que prefiere representar: “Los constantes argentinos/ Juran hoy con heroísmo/ Eterna guerra al tirano/ Guerra eterna al despotismo”.⁶⁵ Hidalgo, en un Melólogo publicado en 1816 nos aclara un poco más el panorama: Los Hijos del Sud que deben combatir por la libertad son: “Cochabambinos fuertes, y Paceños, Cordobeses, Salteños, Tucumanos,⁶⁶ Argentinos y hermanos los más tiernos/ Del resto de las Provincias que hoy defienden/ La libertad del Meridiano suelo”.⁶⁷

⁶⁴ En dos de las tres ediciones aparece en bastardilla.

⁶⁵ La otra, que es anterior en el texto, es “Los del Río de la Plata/ cantan con aclamación,/ su libertad recobrada/ a esfuerzos de su valor”, *Ibidem*, p. 36.

⁶⁶ Esta diferenciación “interna” dentro de un todo de orden más grande, tiene un antecedente importante en el texto de Pantaleón Rivarola, cuando en una de sus composiciones sobre las Invasiones inglesas destaca un acto de gran valor de una mujer, de nombre Manuela, “por patria tucumanesa”, Bernardo Canal Feijoo, *op. cit.*, p. 52. Sin embargo, hay otro habitante del antiguo virreinato que se hizo célebre antes, aunque su existencia fuera imaginaria: Cacambo, personaje de la novela de Voltaire, “Candido o El optimismo”, publicada en 1758. Cfr la edición de Sarpe, Madrid, 1895.

⁶⁷ Bartolomé Hidalgo, “Sentimientos de un patriota”, en **Obra completa**, Montevideo Biblioteca Artigas, 1986, p. 34. Obsérvese, que al final del melólogo, el que está hablando toma el pabellón *Provincial*, que en el prólogo Antonio Praderio toma por pabellón nacional. No obstante en las indicaciones del principio está bien clara la indicación del “Provincial”. Y lo dice explícitamente en la anteúltima estrofa, en una arenga: “Mirad el Pabellón que esta Provincia...” Es posible bien que quiera dejar en claro los diferentes orígenes de los que combaten por una misma libertad, y que deben formar una “Unión”. No olvidar que Hidalgo es Oriental. La unión, es un sentimiento que sostiene y una morfología política: Unión, con mayúscula. Están así en la misma página, con una semántica distinta. La Unión “amistad sagrada” y la unión que nos sostiene. Este término “Unión” no es nuevo. Tiene una historia semántica muy rica en los sentimientos rioplatenses desde la invasión napoleónica: la “unión fraternal” que *debían* mantener, y que *al mismo tiempo*, les daba el derecho de elegir un gobierno. Para citar sólo un ejemplo, Eusebio Valdenegro y Leal escribía ya el 25 de octubre de 1810 una canción patriótica cuyo tema central era precisamente el

Si cruzamos los dos textos, no cabe duda que cuando dice *argentinos*, está refiriéndose a “Los del río de la Plata”, y que éstos son distintos de los de las demás provincias del antiguo virreinato: es decir, que se está refiriendo a una porción de la nueva Nación. Esta porción de los ciudadanos de las Provincias del Sud, está subordinada claramente en el texto a la “Unión” de todos los nacidos en el suelo americano que quieren ser libres, a quienes denomina ciudadanos, pues ésta es el centro del discurso y el sentimiento preponderante.⁶⁸

No hay pues contradicción entre una presunta superposición, porque como bien apunta Chiaramonte, la “nacionalidad” -en este discurso- no existe todavía. En el caso que nos ocupa, lo que nosotros llamaríamos hoy “nacionalidad”, en este discurso es llamado “patriotismo”, y “patria” y nación están unidos, aunque no son sinónimos. Patria es el suelo natal; Nación, es una patria libre e independiente *por la cual hemos luchado*, y es una situación política que no tiene regreso, de la cual el omnipresente “Nosotros” es garante. Es fruto de una Historia del corazón. El que tenga la intención de que la Patria no sea libre (y sea una Nación) es un traidor: “Oprobio eterno al que tenga/ La depravada intención/ De que la patria se vea/ Esclava de otra Nación”

Así pues, el sentimiento original que liga a las personas de la Unión, que proceden de lugares distintos, es el sentimiento y el respeto por la libertad: la oposición -es cosa ya manida- al despotismo⁶⁹. ¿Y cómo es esta Nación que ha nacido, qué lazos unen a sus ciudadanos? ¿Esos nuevos personajes que aparecen en cielitos y melólogos? Del Melólogo citado, y en de *La libertad civil*⁷⁰ surge una enumeración de los vínculos

sentimiento de Unión fraternal (con mayúscula). Este autor habla ya en 1810 desde un lugar notablemente panorámico: por un lado reprocha a los nobles peruanos por qué “no desplezáis vuestros sentimientos”, por otro expresa: “Guerras intestinas/ Destruyen los reinos,/ Pero con la Unión/ Se forman los imperios./ Unión compatriotas,/ que así triunfaremos./ Sellando los fastos/ futuros recuerdos”. Eusebio Valdenegro y Leal, “Canción patriótica”, 1810, en Puig, op. cit., TII, p. 288.

⁶⁸ Ya la poesía en torno a las invasiones inglesas había acuñado versos *en contra* de Buenos Aires. Cfr. Bernardo Canal Feijoo, *La literatura virreinal*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, p. 109 y ss.. Lo veremos con claridad más tarde.

⁶⁹ Hay pues en el centro del -si se me permite la expresión- sentimiento discursivo, una contradicción que hay que advertir semánticamente y asumir: la patria es el lugar donde se nació, pero también es América, amenazada por el despotismo. Por ejemplo, Esteban de Luca habla en una loa a Cochabamba, de que al vencer los cochabambinos a Goyeneche “La virtud oprimida ve gozosa/ que la razón es su esplendor primero/ Vuelve a ocupar el patrio continente.” Esteban de Luca, “Al Superior Gobierno de estas Provincias Unidas En Loor de los valientes cochabambinos”, en Puig, op. cit., T I, p. 157. Cfr. De Vicente López y Planes la “Oda a la Victoria de Suipacha”, de 27 de 12 de 1810, en *Ibidem*, p. 103.

⁷⁰ De autor Anónimo. Sugestivamente en este Melólogo, aparece recurrentemente el término Estado. Y no en cualquier lugar, como cuando dice: “Y la suerte falla/ En pro de nuestro esfuerzo, y lo pregona. Propicio hoy el hado/ Nos colma de bienes,/ y libres ya tienes/ las Provincias unidas del Estado”. Aquí Estado, parece indicar algo más objetivo y consistente que “Nación” que en este Melólogo no es nombrada en ningún momento. Pareciera que estas Provincias, unidas, constituyen un Estado. Hidalgo parece suprimir la palabra “Estado” en el Cielito, y “Nación”, en el Melólogo. Sin embargo, tanto en el Melólogo “La libertad civil” (circa 1816), cuanto en el siguiente “El Triunfo” (1818) -los dos anónimos, pero atribuidos a Hidalgo- aparecen unos personajes, los “Campeones nacionales”, que son los guerreros (diferenciados de los labradores, comerciantes, etc.) a quienes el autor presenta sus respetos como “patricio”. Parecería cruzando Cielito y Melólogo, que el cielito celebra la Nación, la Unión de las Provincias Unidas, mientras que el Melólogo lo hace del Estado Americano: en los dos los sujetos de la acción son los “guerreros nacionales”. Es lógico, dada la situación política que la “Nación” no aparezca, y sí lo haga el “Estado” pero

que circularían entre ellos: el amor (sobre todo amor por la libertad), la “dulce fraternidad”, la igualdad⁷¹, la “filantropía”, la “Unión sin ambición”, la amistad sagrada, el sentimiento por los hermanos sometidos, el respeto por los “ciudadanos de clases diferentes”, enumeración que hace referencia a la naturaleza del lazo que une a los ciudadanos, etc.

Este nuevo vínculo que viene a unir a la nueva comunidad de ciudadanos, es la realidad más palpable de la abolición de la dominación suave y dulce, así llamada por la teología barroca, en su fundamento ideológico de la Monarquía. Los súbditos debían percibir, sentir, que el yugo era liviano y que construía una sociedad en donde reinaba el orden, que las jerarquías garantizaban.⁷² En este contexto, esa “dominación”, era retrospectivamente aludida como un sentimiento de yugo, vergonzoso, denigrante e insoportable, contra las libertades que la naturaleza le había otorgado al hombre. La dominación, ahora llamada tiranía, era suplantada por la libertad: el “triumfo del Estado” asegura “en nuestro hemisferio/ La voz de libertad y de igualdad.”⁷³

Para este momento, 1816, el sentimiento abrumadoramente preponderante es la alegría por la libertad. Esta libertad que se traduce definitivamente en la jura de la Independencia, implica una Unión que debe ser defendida por un nuevo actor-individuo -distinto del nosotros-monolítico e inseparable, en los cielitos patrióticos- que es el buen ciudadano, que debe consolidar la Unión.⁷⁴ Al alcanzar la libertad por la cual se “suspira”, y declarar la Independencia, aparece, se diría que estalla, en el imaginario literario de los cielitos, en los sentimientos, una nueva Nación que el sentimiento de júbilo hace vivir a los patriotas: pero sólo la Unión podrá evitar las discordias fraticidas. Esta Unión no entra en contradicción con otras figuras identitarias, sino que las integra y las articula, pero sólo si la Unión impera verdaderamente.⁷⁵

El narcisismo argentino

Ya desde el principio del ciclo revolucionario, los porteños –término que aparecerá en boca de ellos mismos después de Cepeda- sienten su grandeza por designio del destino o de Dios,

que se hayan intercambiado aquí, no significa que sean homologables: al contrario: llama poderosamente la atención el cambio.

⁷¹ “Se oyó en nuestro hemisferio/ la voz de libertad,/ de unión y de igualdad”, atribuido a Hidalgo, “La libertad civil”, (1816), en Bartolomé Hidalgo, **Obra completa**, Biblioteca Artigas, Montevideo, 1986, p. 39.

⁷² Cfr. Jaime Peire (Comp), **De la dominación suave y dulce a la soberanía popular, 1767-1820**, Buenos Aires, Edutref, 2006, en prensa.

⁷³ Ibidem, p. 39 y 40.

⁷⁴ Este es un tema que viene ya en los catecismos políticos de las últimas convulsiones coloniales, y al que los gobiernos independientes retomarán. Marta Iruzozqui, “El sueño del ciudadano. Sermones y catecismos políticos en Charcas tardocolonial”, en Mónica Quijada, y Jesús Bustamante, **Elites intelectuales y modelos colectivos. Mundo ibérico (Siglos XVI-XIX)**, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002, p. 222. Cfr. también Rafael Santiago Baeza, “Actores políticos en los catecismos patriotas y republicanos americanos, 1810-1827”, en **Historia Mexicana**, XLV: 3, México, 1996, p. 501-537.

⁷⁵ Ibidem, “La Libertad Civil”, p. 49.

“Buenos Aires unido a sus provincias/, El primero será que combinando/ Un sistema benéfico y virtuoso/, su gobierno establezca./ Los aplausos/ En breve llevará al orbe entero, las ciencias y las artes desertando de la afligida Europa harán asiento/ Entre aquellos dichosos ciudadanos/ Veráse entonces al comercio activo^{76/ Sus puertos y bahías frecuentando/ La agricultura haciendo que dependan/ De sus frutos los reino más lejanos”.}77

El suelo de Buenos Aires, es el *humus* de los héroes, de los *guerreros*, que libertarán las Provincias, “sus” Provincias. Ya López y Planes en la Oda a la victoria de Suipacha, decía: “¡Incomparable capital, Gloriosas/ Provincias, que su alianza/ Con denuedo jurasteis! ¿Qué alabanza Bastará a las virtudes generosas/ De vuestros defensores?”.⁷⁸

Ya desde antes de que los autores “argentinos”, Esteban de Luca, Juan Ramón Rojas, Cayetano Rodríguez esparcieran la semántica del fonema *argentino*, sobre un área mucho más extensa, que abarcaba desde las pampas argentinas y orientales hasta el Alto Perú, en cuyo circuito, se aseguraba estaba afianzada ya la libertad de la patria, Buenos Aires era puesta a la cabeza de un ente político con una *función* que ya se insinuaba como la cabeza de una Unión ya explícitamente enunciada. Esto era posible gracias al amparo del ideograma de que “la patria” eran todas las provincias que entraban en régimen de libertad, gracias a las armas de Buenos Aires⁷⁹. Y una morfología política de nación ya soñada y apresurada y aventuradamente, acaso conscientemente era proyectada, en una identidad que tendía a imponerse simbólicamente (por ejemplo a través de íconos como la bandera) pero que partía -es preciso remarcarlo- de un horizonte semántico que permitía a los porteños *leerlo* como un objeto de deseo factible.

Pero, sin embargo, los habitantes de la Banda oriental, ya se *sentían* diferentes de los argentinos. Y se complacían en esas diferencias con fruición, aún cuando en algunas etapas simpatizaran con los “patriotas” mientras Artigas estuviera en el sitio. Así, en octubre de 1813, Francisco Acuña de Figueroa que estaba dentro de Montevideo cercado -desde donde estaba viendo con un telescopio, el entrenamiento militar de un grupo de soldados- escribía:

*“Otros la zanja acometen/ De carrera y atrevidos;/ Clavando al ijar la espuela/ Salvan el foso de un brinco./ En su variado armamento,/ En sus campestres vestidos,/ Muestran ser aquellos bravos/ Orientales no argentinos/ Y en esto no desmerecen;/ Que en fatigas y peligros,/ Suele ser en el soldado/ Hermosura el desaliño”.*⁸⁰

⁷⁶ Este tema del comercio, lo destaca Eusebio Valdenegro y Leal ya en 1810, la libertad hará que el comercio florezca, como lo ha hecho en América del Norte libre, op. cit., TII, p. 289.

⁷⁷ Juan Ramón Rojas, “A la Exma. Junta Gubernativa de las provincias del Río de la Plata. El Cuartel N. IX., 1811”, en Puig, op. cit. TII, 246.

⁷⁸ Ibidem, TII, p. 96. Ya desde las invasiones inglesas, López y Planes denomina a Buenos Aires, “Gran capital”, “Capital bella”, T II, p. 98 y 99, al describir la victoria final sobre los ingleses.

⁷⁹ Errónea, o mejor interesadamente proclamada como primogénita e invicta.

⁸⁰ Acuña de Figueroa, op. cit., TI, p. 37. En otra ocasión es más específico aún: “Que a tiro de fusil están del pueblo,/ Mezclados artiguistas y argentinos.”, ibidem, TI, p. 241.

Esto podría estar señalando una configuración de los sentimientos de pertenencia ya para 1813 más compleja de la que presenta la sencillez de un Hidalgo, visto desde la otra banda. Hay que destacar que aquí Acuña vuelve al octosílabo, cosa que no hace en la gran mayoría del resto.

Pero se percibe ya una sensación de ambigüedad –la ambigüedad de una “edad futura/ De desgracia o de ventura”⁸¹- e inclusive de rechazo en Acuña de Figueroa, cuando Alvear invita públicamente al “placer y sosiego”: no hay tal placer ni tal esperanza de un sosiego futuro pues,

“¿Qué esperanza habrá si vemos/ Arder contra Buenos Aires/ En la campaña un incendio? Pues ya el implacable Artigas/ Y todo el país entero,/ Contra los argentinos reclaman/ Sus usurpados derechos/ Pues si de una madre, altivos,/ La obediencia sacudieron,/ no quieren de una madrastra/ sufrir pupilaje nuevo”.⁸²

Esto está revelando, ya para antes de 1814, la ambición desmedida *argentina*, basada en un narcisismo social, acaso patológico. Pero no todos compartían ese grado de narcisismo. Hidalgo, en el de la Independencia, vivaba la nueva nación, pero una donde cupieran todas las diferencias identitarias. La Unión que hay que defender, no tenía –según él– porqué reprimir los sentimientos identitarios anteriores, sino que había que sumarlos como vimos: patria, Unión y Nación desembocaban en lo mismo. Pero sin embargo, se percibe entre la maraña de “sentimientos” identitarios que Hidalgo esconde una tensión que hará fracasar la Unión.

Durante el ciclo sanmartiniano, los cielitos van a seguir un itinerario totalmente diferente a la poesía culta. El término *argentino*⁸³, acaso estratégicamente usado en el cielito de la Independencia, pero con otra semántica en el Melólogo de 1816, tal como vimos, desaparecerá en las victorias que celebren los patriotas, pero se acentuarán los sentimientos de igualdad, que desde siempre han estado en los cielitos, pero que se habían atenuado en el de la Independencia. Vuelven a aparecer los criollos⁸⁴, los gauchos retoman el centro de la escena y del discurso, los indios⁸⁵, los “mozos amargos” el mate, pero –significativamente– están en y son de Buenos Aires, a partir de 1820, por lo menos⁸⁶. El gaucho está de vuelta en su ámbito natural, las pampas, y

⁸¹ Acuña de Figueroa, op. cit., TII, p. 363.

⁸² Ibidem, T II, p. 362.

⁸³ “Los constantes argentinos”, Hidalgo Bartolomé, op. cit., p. 13.

⁸⁴ Incluso “la criollada”, lo que no deja de ser llamativo. Hay un claro cambio de lenguaje, que no es para nada casual.

⁸⁵ “Cielito, cielo que sí,/ guárdense su chocolate/ aquí somos todos indios/ y sólo tomamos mate”. “Un Gaucho de la Guardia del Monte contesta al manifiesto de Fernando VII, y saluda al Conde de Casa-Flores con el siguiente cielito en su idioma”, 1820, en Becco, op.cit, p. 61.

⁸⁶ “Cielo ya los maturrangos/ pueden decirle a su rey/ los criollos de Buenos Aires/ Dicen que lo lamba un güey”. “Cielito del bañado”, 1818, Becco, op. cit. p. 43. Ya en 1819, se repiten los insultos al sistema Monárquico. Es importante remarcarlo, por lo que ocurrirá poco después: “Cielito, cielo que sí,/ El rey es un hombre cualquiera/ y morir para que el viva/ la puta es una soncera”, Becco, op cit, p. 59. No se trataba sólo de la condena del régimen monárquico, sino de todo su sistema de valores, al tiempo que se ponía toda la esperanza –todavía– en que la patria será una patria sin condes, marqueses ni reyes: una patria de iguales, como lo eran los gauchos.

seguirá bregando desde allí por la patria.⁸⁷ En la misma línea, los insultos al sistema monárquico se repetirán, a partir de la idea de que “Eso que los reyes son/ Imagen del Ser divino/ Es (con perdón de la gente)/ El más grande desatino”.⁸⁸

Se defenderá, en vías de tal igualitarismo, un sistema constitucional.⁸⁹ Chacabuco, Maipú, El Callao y Lima, desfilan por los cielitos, y como veremos también en la lírica de tipo neoclásico.

Hidalgo ponía en boca del gaucho Contreras, en un diálogo, una profunda desazón:

“En diez años que llevamos/ De nuestra revolución/ Por sacudir las cadenas/ De Fernando el balandrón:/ ¿qué ventaja hemos sacado?/ Le diré con su perdón/ Robarnos unos a otros./ Aumentar la desunión/ Querer todos gobernar/ Y de faición en faición”
¿Porqué naides sobre naides/ Ha de ser más superior?⁹⁰

Pero a continuación, Hidalgo coloca algo que no resulta menos sensible:

“Resultando en conclusión/ Que hasta el nombre de paisano/ Parece de mal sabor/ Y en su lugar yo no veo/ Sino un eterno rencor/ Y una tropilla de pobres,/ Que metida en un rincón/ Canta al son de su miseria/ no es la miseria mal don!”⁹¹

En efecto, los paisanos, que habían sido los primeros en tomar las armas por la patria, habían sido arrinconados por otros, que conducían caóticamente la revolución, para quienes, no sólo no todos eran iguales, sino que habían relegado al paisano a cantar -lo que antes cantaba en la marcha guerrera patriótica, orgulloso o en la batalla- en un rincón, su miseria actual. Y esto contenía una fina ironía, que terminó por resultar una metáfora de lo que vendría después: “No es la miseria mal son”, la exclusión del paisano rural provocaría innumerables problemas de control social.

Pero sin embargo, a pesar de todos los disgustos, todavía brillaba una pequeña esperanza en el horizonte de poder establecer la Patria soñada, que las ambiciones personales o de facciones, la desigualdad en la aplicación de la injusticia, y la discordia, estaban haciendo fracasar: “Americanos unión/ Os lo pide humildemente/ Un gaucho con ronca voz/ Que no espera de la Patria/ Ni premio ni galardón,/ Pues desprecia las riquezas/ Porque no tiene ambición”⁹²

Otro paisano, un soldado Blandengue retirado, por el mismo año de 1821 - quizás al mismo tiempo que Hidalgo, ya en la miseria, debía vender sus obras por la

⁸⁷ “Ya que encerré la tropilla/ y que recogí el rodeo/ voy a templar la guitarra/ para explicar mi deseo”, Becco, op. cit, p. 61.

⁸⁸ Ibidem, p. 64-65.

⁸⁹ “Vení, hijo de puta y quemá/ esta gran Constitución/ que empieza: no reconozco/ a Fernando y su nación”. Hay también un claro apoyo a Pueyrredón en varios de estos cielitos, como artífice de lo que San Martín está ejecutando. Rojas, también mencionará esto, refiriéndose a San Martín y Pueyrredón: “La égida que te dio el gobierno”, Juan Ramón Rojas, “A la heroica victoria de los Andes. El 12 de febrero de 1817, en la cuesta de Chacabuco”, ibidem, T II, p. 264.

⁹⁰ Hidalgo, op.cit., p. 42-43.

⁹¹ Ibidem, p.42.

⁹² Ibidem, p. 51.

calle- cierra simbólicamente el ciclo revolucionario del cielito: “Cielito cielo que sí/ Vaya un betún por detrás/ tres patrias he conocido/ no quiero conocer más”.⁹³

Ya la Nación, celebrada por Hidalgo no existe. Pero ya ni siquiera la patria se *desea*: no es una patria, como se ha intentado crear, sino que cada caudillo quería la suya, y el que lo pagaba era el paisano: “Sarratea me hizo cabo/ Con Artigas fui sargento/ El uno me dio cien palos/ Y el otro me arrimó ciento”.⁹⁴

Esto no es la patria por la que él había combatido. Era simplemente una excusa para el robo, pues ni sueldo les pagaban. Es más, la revolución era una mentira: “Cielito, cielo que sí,/ oye cielo mis razones/ Para amolar a los zonzos/ Son estas regulaciones”.⁹⁵

La revolución, es pues, una mentira inventada por algunos para quedarse con el poder y lucrar, usando de carne de cañón al paisano, por medio del reclutamiento, usufructuando sus ilusiones de enrolar su corazón en una supuesta patria propia, donde él sueña igualdad: pero resulta ser, en definitiva, un simple mecanismo cruel de lucro, de explotación, de sumisión. “Yo conozco a los puebleros/ Que mueven todo el enriedo,/ Son unos hijos de Puta/ Ladrones que meten miedo”.⁹⁶

Y sin embargo, valentía le sobró a los gauchos que comenzaron el combate e hicieron la patria, ahora desintegrada, luego que las Provincias derrotaran a Buenos Aires en la Batalla de Cepeda, que pone fin a la racionalidad de un determinado proyecto de patria, y acaso de Nación. No es la falta de valentía. Es la amarga decepción, lo que hace que el paisano se recluya en su rancho: “No me vengan con embrollas/ De Patria ni montonera/ Que para matarse al ñudo/ Le sobra tiempo a cualquiera”.⁹⁷

En definitiva, estos versos, los de Hidalgo y anónimos, parecen marcar una línea divisoria, a partir de la cual el gaucho comenzaba a ser -quizás a partir de ahora inevitablemente- marginado y resultaba un estorbo, cuando antes se sentía un héroe, partícipe de una sociedad donde no había ni rey, ni nobleza: eran todos iguales, en su leal (y limitado) entender. Pero la aparición de la militancia revolucionaria, y con ella de ideologías, acuñadas en el seno de una sociabilidad que pretendía construir la Patria en torno a esa sociabilidad, que generara verdaderos ciudadanos con una civilidad determinada, señal de una patria distinta a la que los españoles habían dejado, fabricó un mundo que -junto con el fracaso de la *Unión*- marginó al gaucho y sus razones, sus virtudes y su sociabilidad de pulpería -como tan bien lo viera Sarmiento en su *Facundo*-caballo y valentía en el combate, o la pelea donde reinaría -idealmente- una idílica igualdad social.

Narcisismo y patria en la lírica elitista

⁹³ Becco, op. cit., p. 88.

⁹⁴ Ibidem, p. 86.

⁹⁵ Ibidem, p. 87.

⁹⁶ Ibidem, p. 87.

⁹⁷ Ibidem, p. 85.

En el ciclo sanmartiniano, *el argentino* siguió siendo un actor de privilegio, de la mano de San Martín, -nuevo “Marte Americano”, más grande que Aníbal, victorioso, invencible, astuto⁹⁸, etc.- pero que tuvo que dejar también su lugar a otros actores americanos.⁹⁹ Sin embargo, aunque la semántica del argentino tiende a ser más espaciada, ubicada necesariamente en un escenario más grande -América- se siguió usando, para remarcar su relevancia impostergable en la lucha por la libertad de América. Aparece “Madre Columbia”, y sugestivamente “Colombia”.¹⁰⁰ La nación de los primeros años revolucionarios se abría a un espacio más amplio, al luchar por la libertad de toda América ahora, y aunque ésta sea imposible de identificar con la “Unión” se sigue manteniendo una semántica de “nación” que se refiere al espacio controlado por Buenos Aires, al que se le van uniendo otros en su independencia, pero no necesariamente en el gobierno político.¹⁰¹ Sin embargo, la figura que refleja el cénit de este ciclo, es América libre, sentada en un trono sobre los Andes, o la estatua a la libertad que pergeña De Luca, que los Americanos levantarán, tallándola en el más alto de los montes.¹⁰²

Vicente López y Planes, saluda a la Nación chilena, pero recalca que fue San Martín, quien la liberó, comparándolo con Tell, De Orange y Doria, y que Chile existe como nación, porque “supiste/ tu brazo asir al nuestro, y las cervises/ Hollar del cruel tirano.oh! Cuanto contribuiste/ Preciado Chile a días tan felices.”¹⁰³

⁹⁸ “El argentino tiende/ Redes astuto y vivo/ Naturalmente activo/ y emprendedor sin parar.” Fray Cayetano Rodríguez “Llanto de la Pezuela”. El virrey le tiene miedo solamente al “argentino”, en el poema de Rodríguez. Al final el autor habla de la “noble” nación americana”, en Puig, op. cit., TIV, p. 53. San Martín monopoliza casi la atención de la lírica, acompañado de sus generales, pero todos focalizados en los Andes. Vence a las “huestes de Burgos, huestes ‘invencibles’ que habían vencido a Napoleón”, TIV, p. 110. Casi la única excepción es O’ Higgins, Alvarez de Arenales y Belgrano, para quienes se compusieron muchas elegías a su muerte. Pueyrredón es otra excepción para Juan Cruz Varela, como para Rojas, Pueyrredón es “del Estado, El poderoso Atlante”. Juan Cruz Varela, “A los Generales de los ejércitos unidos de Chile y de los Andes D. José de San Martín y D. Antonio González Balcarce”, en Puig, op. cit., T III, p. 110. Miguel de Belgrano también reconoce la existencia de un Estado, de cuyo marasmo Belgrano lo salvó con sus victorias. Miguel de Belgrano, “Rasgo histórico poético de la victoria de Mayo. Dedicado al Excmo. Señor Don Bernardo O’Higgins, Director Supremo del Estado de Chile”, en Puig, op. cit., TI, p. 267

⁹⁹ Por ejemplo todos reconocen en Chile un Estado constituido, una nación diferente con una bandera diferente: la “tricolor”, que el mismo San Martín enarbola. Rodríguez, “La municipalidad de Buenos Aires, al general Don José de San Martín. Canción encomiástica.”, *ibidem*, TIV, p. 112. “Chile por uno de ellos libertado,/ se erige en nuevo/ independiente Estado”. José Agustín Molina, “La jornada de Maipú”, *Ibidem*, TIV, p. 115. Lo vuelve a repetir más adelante, “Nuevo estado de Chile soberano”, p. 127. El que los libera es un patriota, *en el año octavo* de que América del Sud aspiraba a la libertad, es decir, un argentino. También Miguel de Belgrano reconoce a Chile: “Romparamos en sus manos las cadenas/ Que al estado de Chile le prepara/ Y al Sud independiente en consecuencia”, Miguel de Belgrano, *Ibidem*, T I, p. 269.

¹⁰⁰ Juan Ramón Rojas, “A la heroica victoria de los Andes. El 12 de febrero de 1817 en la cuesta de Chacabuco”, T II, 256, y 263 respectivamente. También Esteban de Luca habla de “Colombia” repetidamente, por ejemplo, en “A la libertad de Lima, por las armas de la patria al mando del General Don José de San Martín. Canto lírico”, TII, p. 202, y 205.

¹⁰¹ “Y vosotros del país prole querida,/ Abríos a otra esperanza,/ que ya el genio del Maule se abalanza/ Al cerro de Aconquija; y conmovida/ Lima, el feroz Oriente/ se unen a la Nación independiente”. Se lo está diciendo al “argentino eterno”. *Ibidem*, p. 257.

¹⁰² Juan Cruz Varela, op. cit., TIII, p. 124. Esteban de Luca, op. cit. p. 209.

¹⁰³ Vicente López y Planes, “A la batalla de Maypo”, *ibidem*, TII, p. 126. Y dice también: “Salud Nación Argentina! Nación Chilena, salud”. Vicente López y Planes, “Canción patriótica, dedicada a los defensores

El sujeto de imputación de todas éstas hazañas son las armas de la patria: de las Provincias Unidas. Es “nuestro ejército”, aunque se reconozca aisladamente que está integrado también por chilenos, (y cuyanos por descontado) pero los chilenos sólo “contribuyeron”: “Respondió San Martín a la esperanza,/ Que un día en él fundaron/ Buenos Aires y Chile,/ Cuando sus nobles armas le confiaron.”¹⁰⁴

Juan Crisóstomo Lafinur nos da una idea, de lo que pasaba por la imaginación porteña ya para 1823: “Cuatro constelaciones en el cielo/ hoy aparecen en figura extraña/ De fenómeno talnadie adivina/ Se aturde el necio; y el sabio es el que dice:/ Colombia y el Perú, Chile y Bonaria.” [Buenos Aires].¹⁰⁵

Narciso herido

Después de Cepeda, y del confinamiento de Buenos Aires a su propio territorio, sin embargo, el ahora “porteño” veía a su amada patria, antes la gloriosa Argentina, despojada de las glorias pasadas, limitado su imperio y encerrada en un territorio, por la fuerza. Los mismos que antes se gloriaban de haber derrotado a los ingleses, verdugos de Napoleón, y después a los regimientos españoles que también habían derrotado al Corso, ahora estaban avergonzados. La sombra de la derrota, del desaliento, y del despecho de Buenos Aires por la *injusticia* de quienes han sido objeto de sus salvatajes, vuelve su narcisismo un tanto patológico¹⁰⁶, incapaz de una autocrítica. Esteban de Luca relataba que la guerra civil había logrado romper los vínculos sagrados que ni España había conseguido.¹⁰⁷ Cayetano Rodríguez se lamentaba, triste: “Los viles sobre ti cantan victorias,/ y por despojos te ha quedado/ De tu antiguo esplendor tristes memorias.”¹⁰⁸

No faltó quien aprovechaba el momento, para arremeter con viejos fantasmas: “Es cosa muy singular/ Que, siendo argentinos todos,/ litiguemos de mil modos/ a quien

de la libertad en las llanuras del Maipú”, *ibidem*, T II, p. 135. No hay que olvidar, que el mismo autor escribe una Oda en Buenos Aires, cuya autoría aparece como de “Los oficiales de la Secretaría del Soberano Congreso a la Patria en la Victoria de Maypo, de 1818”, de manera que no es extraño que utilice la palabra “nación” para referirse a la morfología de las dos sociedades políticas a las que alude.

¹⁰⁴ Esteban De Luca, “A la libertad de Lima por las armas de la Patria al General San Martín”, *ibidem*, T II, p. 199.

¹⁰⁵ Juan Crisóstomo Lafinur, “Brindis en un convite patriótico”, Santiago de Chile, 1823, en *ibidem*, TIII, p. 61.

¹⁰⁶ Entendiendo por narcisismo patológico, aquel que pasa de la euforia en la complacencia en su imagen a la desvalorización propia, que puede ser una característica de una deformación del narcisismo, forjado en crisis traumáticas. Cfr. Jean Laplanche y Jean Bertrand Pontalis, *op. cit.* p. 228 y ss. En definitiva, se trata – como ya lo hemos dicho-, de la relación experiencia-identidad. Cfr. Mariano Plotkin y Sergio Visacovsky, **Saber y autoridad en las intervenciones de los psicoanalistas en torno a la crisis en la Argentina**, Buenos Aires, 2006, inédito, p. 17 Los autores analizan el narcisismo en situaciones traumáticas. Agradezco Mariano Plotkin el haberme hecho llegar el manuscrito.

¹⁰⁷ “Oda al Pueblo de Buenos Aires”, T II, p. 211. Pero De Luca se recupera rápido: ese tiempo ya pasó: “¡Hijos de la victoria! Prole hermosa!/ Se verá en vuestro suelo un nuevo imperio/ Muy más durable, de mayor grandeza,/ Que el de Tiro y de Cartago”, *ibidem*, p. 212. Así lo ven algunos autores, durante el gobierno de Rodríguez: tras un corto episodio de infravaloración, la lírica vuelve a mostrar una exaltación, hiperbólica.

¹⁰⁸ Fray Cayetano Rodríguez, “A la ciudad de Buenos Aires”, en *ibidem*, T IV, p. 41.

toca gobernar:/ Si no dudas confesar/ Que en tu juicio y entender/ está el supremo poder/ en el pueblo constituido/ Pregúntale a tu partido/ A quien toca obedecer.”¹⁰⁹

Pero es en José A. Molina, un tucumano, en quien con más fuerza dramática aparece esta energía negativa, al preguntarse cuál es el fruto de tanto trabajo, después de la revolución:

“El fruto es el dolor tan desmedido,/que hoy a mi corazón divide en trozos/ Al ver mis tiernas hijas tan amadas/ Volver unas contra otras las espadas/ Mirar rota la Unión sagrada,/ Y de nuestro esplendor y lucimiento:/ La unión en quien se mira vinculada/ la gloria y el honor del vencimiento;/ La unión sin la cual somos delirantes,/ Tristes aduares de árabes errantes./ La unión, sin la cual nunca llegaremos/ al rango y esplendor de las naciones/ Nos de el lugar a que aspirar debemos,/ de una nueva nación, entre blasones, Gloria que conseguir jamás podremos/ Divididos en bandos y fracciones./ Bien ser libres podemos, no nación,/ que esta se constituye por la unión.”

Es lo que antes era una aspiración que parecía emerger ya como fruto cierto de las victorias guerreras, y de la energía y el furor en la búsqueda por la libertad. Es el sueño argentino perdido, que se pretende recuperar: lo dice con claridad, debemos aspirar al lugar de nación.¹¹⁰

¿Por qué -se pregunta angustiado- despedazar la Unión y romper la hermandad de las Provincias que va enumerando pacientemente? “Que así queréis que el argentino estado/ Venga a ser por sus manos destruido/ [se refiere a las “civiles armas”] Y en su virtud y fuerzas sofocado/ Quede, con nombre infame confundido?”¹¹¹

El autor asienta que siente la ingratitud con que las provincias dicen que Buenos Aires pretende usurparles la libertad incurriendo en cambio en el error de la anarquía.

“Siento que tanta vida prodigada de mis nobles porteños, por salvarlas;/ tanto caudal y hacienda aniquilada/ con mano liberal por auxiliarlas,/ Todo esto y más por premio haya tenido/ La ingratitud,/ la injuria y el olvido.” Lo que más siente, mas aún que la ingratitud es la discordia que todo lo destruye: la guerra intestina Guerra fatal, injusta y destructora./ con que la vil discordia nos devora.”¹¹²

¹⁰⁹ Domingo de Azcuénaga, “Glosa”, en *ibidem*, TI, p. 225. El autor descrece de la Revolución: “Veré de esta ciudad la más unida/ Parte llorando su fatal ruina/ A las reales banderas acogida:/ Y veré si mi aliento no termina,/ Esa altiva pirámide abatida,/ Rubor de la República Argentina”, “Soneto”, Circa 1820, en *Ibidem*, p. 221.

¹¹⁰ José Agustín Molina, “Nenia o canción lúgubre en la cual la divina ninfa de Buenos Aires, reclinada a las márgenes del famoso argentino, eleva sus quejas al supremo Júpiter, lamentando la desunión y debastación de las Provincias de Sud América, ocasionada por la discordia; y se queja de la ingratitud con que las Provincias han desconocido haber sido principalísimo fundamento de su libertad dichosa. 1822”, en *ibidem*, TIV p.174-175.

¹¹¹ *Ibidem*, p. 175.

¹¹² *Ibidem*, p. 176-77.

Pero, aunque todos reconozcan la tremenda anarquía en las provincias y en la misma Buenos Aires¹¹³, cuando las aguas se aquietan, y el gobierno de Rodríguez y Rivadavia parecen poner las cosas en orden, los porteños vuelven a sentir la sangre correr por sus venas, orgullosos. La melancolía por la pérdida de las Provincias parece haberles durado poco:

*“corren las aguas en distinto rumbo/ Y a par de ellas corriendo los raudales/ de nacional riqueza, el orbe todo/ Se agolpa a nuestras playas. Las familias/ Del europeo, que en cansada guerra/ Y en miseria vivió, su hogar odioso/ En placer abandonan.”*¹¹⁴

Pronto Buenos Aires florecerá de nuevo, y mostrará al mundo su potencia invencible, ahora económica. La literatura que se presenta en los años subsiguientes, en lo que se refiere a lo que será Buenos Aires, en la pluma por ejemplo de Esteban de Luca o -de cuño más moderno- de un Juan Cruz Varela, revela las mismas aspiraciones, los mismos sueños, las mismas fantasías que antaño, pero ahora, aunque existen los argentinos, la semántica parece haber cambiado de nuevo, porque éstos están reducidos a la populosa Buenos Aires, aunque ésta tenga, por destino, la vocación de ser una gran capital aplaudida por el mundo entero, que tal vez pronto haga recapacitar a las Provincias, de su falta de perspectiva política, reviviendo la Unión.

Conclusión

A partir de una energía social -una energía social que unía un grupo de representaciones a determinadas emociones o afectos¹¹⁵- aparentemente incontenible, acuñada y acumulada en la lucha contra los ingleses, la argentina, al conocerse a sí misma en esos sentimientos, en esas emociones, especialmente en el fragor de la guerra, inventó, o mejor fabricó, una argentina que expandió el significado del término, y la semántica que este abarcaba, pero no supo ver con claridad cuáles eran los límites de la negociación que la argentina soñada -pareciera que de manera hiperbólica e hipertrófica- y tropezó con la morfología política que ese sueño debería concretar. Así, el campo de fuerzas que esa energía pretendía controlar, era en realidad de una estructura distinta a la que la energía cinética “argentina” podía articular de manera inclusiva, con una legitimidad reconocida como genuina por todos. Cuando quiso aplicar a esa semántica, un sentido identitario, encontró pronto la oposición de los orientales, que veían ya tempranamente peligrosos a los argentinos, cuando “todo el país está revuelto” por la escisión de Artigas”, y desconfiaban de sus intenciones.

¹¹³ Cfr. Juan Cruz Varela, “En honor de Buenos Aires”, *ibidem*, T III, p. 189-99: Después de la terrible anarquía, resplandece más glorioso.

¹¹⁴ Juan Cruz Varela, “A Buenos Aires, con motivo de los trabajos hidráulicos ordenados por el gobierno”, 1822, en *ibidem*, TIII, p. 213. Muchos autores ven una patria floreciente de nuevo en esos años, pero porque consideran que la Anarquía ya pasó, mientras otros, están sumidos en la melancolía.

¹¹⁵ Cfr. Jacinto Choza, **Sentimientos y comportamiento**, Murcia, Universidad Católica de Murcia, 2003, especialmente p. 41-76 donde problematiza la construcción de los sentimientos.

Pero al lado de la poesía culta de élite, donde en realidad los ciudadanos combatientes eran los patricios que se autocelebraban, prematuramente al decir de Azcuénaga -denostador de la revolución- estaban los cielitos, que involucraban otras competencias, otra incumbencia social y cultural, y por lo tanto otro público. A diferencia de la poesía culta -salvo el período específicamente independentista donde el tinte es claramente neutral en cuanto al lenguaje- cultivaban una veta igualitaria que pronto sería cuestionada. El final de esta vena lírica es el mismo que tendrá la producción culta: la amargura del gaucho *sin patria* -a diferencia de las voces de la élite literaria- sintiéndose un deshecho perjudicial después de haber combatido gloriosamente por la patria, después de haber vuelto al pago.

La composición culta no podría haber tolerado un fin como éste, porque no lo veían así. La lírica proclamaba que Buenos Aires era la capital más grande, que originaba hombres que avergonzaban a griegos, romanos, cartaginenses y a cuantos pueblos fueran dignos de ser imitados. Al mismo tiempo, se consideraban -los argentinos- los primeros en haber levantado la bandera de la libertad, y los generosos protagonistas de la libertad de los pueblos del Sud. Constituyeron las Provincias Unidas, y -por momentos-, ateniéndonos a su lírica, fueron una nación, cuya potencia incontenible *emergió*, se levantó, puesto que habría estado sumergida, de las profundidades de las invasiones inglesas, cuando se hallaba agazapada todavía, y su poderoso brazo libertó Montevideo -al que después perdió en su miopía- avanzó hasta el Alto Perú, “promovió” -según el mito local- la libertad de Paraguay, y libertó Chile y Perú. Si nos atenemos a la producción lírica, las Provincias, Chile y Perú, comienzan su existencia concreta, a medida que el poderoso brazo argentino las va haciendo libres.

Pero es precisamente a partir de este frondoso *currículum*, que la lírica que circulaba entre su élite, con constante reenvíos entre unas y otras composiciones y se publicaba en los diarios, que los ex-argentinos, ahora “porteños”, reducidos a “su” puerto, no podían leer lo que estaba pasando, de la misma manera en que sí supieron leer la Revolución de Mayo y la convirtieron en las representaciones colectivas, en una Revolución que pretendía integrarse en un “cuerpo de nación”. Es más: todavía después de 1820, la producción lírica sugiere que “Argentina” todavía era la Argentina soñada de la década del ‘10, y que la derrota militar era una injusticia histórica de las provincias, revelando una incapacidad para pensar las cosas desde otro lugar que no fuera su propia y autorizada mirada y forma de pensar sentir y desear: lo que manifiesta, nos parece, un narcisismo que tardaría mucho tiempo en curarse desde el punto de vista de la estrategia política, y tal vez nunca pudo darse de alta, desde el punto de vista cultural. La lírica porteña de ese período manifestaba unos sentimientos de Buenos Aires y acerca de ella, que aún después de derrotada militarmente por las mismas provincias disconformes, se quejaba amargamente de la ingratitud de esas provincias cuya libertad -firmaba- ella fue la primera en defender con su sangre y caudales. Pero sin embargo, a despecho de todas sus derrotas, parte de ese imaginario triunfal atravesó los siglos y escapó al castigo de su propio narcisismo, sobreviviendo en íconos y lugares de la memoria.